NEGA
-ZINE

I.2017

NEGA
-ZINE

I.2017

Concebido, escrito y editado por
Alfredo, Annalisa, Fabio, Jean, Mariangela y *Nico*
Traducción de la edición inglesa de *Jean y Marco* por *A.E.*

Dibujos de
Ugo Pierri

Anárquica Editora
Noviembre, 2025

edizioni anarchismo

La edición italiana a cargo de A*lfredo, Annalisa, Fabio, Jean,Mariangela* y *Nico*.
Negazine, n°1. Edizioni Anarchismo, 2017.
Visita: edizionianarchismo.net

ELEPHANT EDITIONS

La edición en inglés fue creada por *Jean* en colaboración con *Marco* y otrxs compañerxs.
Negazine, n°1. Elephant Editions, 2017.
Visita: elephanteditions.net

La edición croata fue creada por *Marco.*

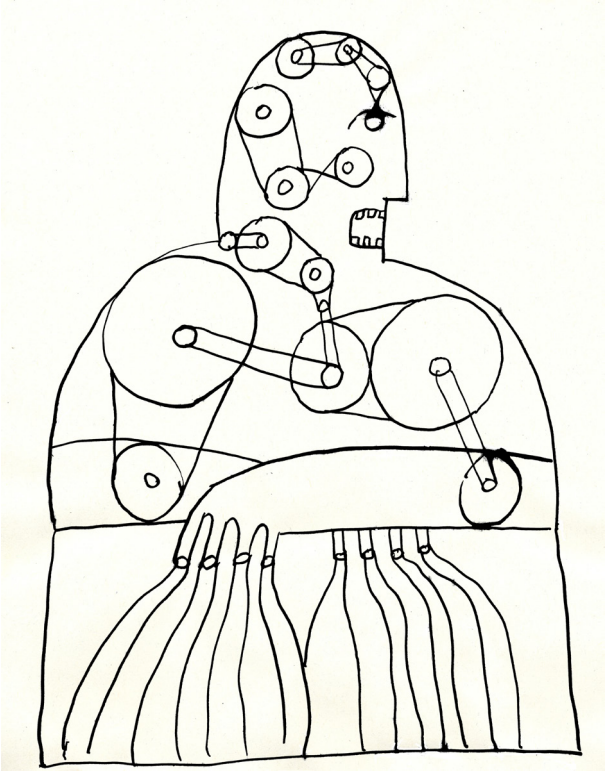
La edición en alemán fue creada por *Cyrill* y otrxs compañerxs de habla alemana.

La edición en español a cargo de Anárquica Editora.
Negazine, n°1, 2025.
Traducción: A.E.
Blog: anarquicaeditora.noblogs.org
correo: anarquicaeditora@riseup.net
instagram: anarquica_editora

***Negazine* es gratis para bibliotecas, compañerxs en prisión e iniciativas solidarias.**

NEGA
-ZINE

I.2017



INDICE

Nota de presentación a la edición en español
Anarquica Editora, noviembre 2025 11

Palabras de los editores,
Negazine n°1, 2017 17

Tecnología
Alfredo M. Bonanno 21

Dos idiomas
Mariangela Vella 31

Control tecnológico
Ernesto Pris 37

Dormir
anonimx 47

Drogas
M. V. 57

Letanías
Alfredo M. Bonanno 63

Las largas sombras sobre el muro
Alfredo M. Bonanno 71

Ver
anonimx 83

Cómo, cuándo y por qué, y si todavía tiene algún sentido
Alfredo M. Bonanno 91

¿Y ahora?
Alfredo M. Bonanno 97

"Cuando ya no podemos luchar por aquello de lo que hemos sido privados (como fue el caso en la primera fase de la industrialización), con la memoria real de algo más libre, más deseable (aunque se tratara, cierto, de un "mito"), las raíces del enfrentamineto se trasladan forzosamente hacia el terreno del pensamiento. Y el pensamiento, amputado como se encuentra hoy, pierde su capacidad de crear el imaginario, el sueño necesario a todo movimiento revolucionario"

Viaje hacia el abismo |
ediciones HOURRIYA

"La atmósfera preparada por el Estado sirve para impedir la circulación de las ideas, para condicionar todo debate con razones de Estado. Tal vez hoy tengamos por delante un movimiento insurgente que, desertando del espectáculo callejero, avanza sin líderes, se libera no sólo de la represión sino también de la ideología, y tarde o temprano se desbordará como un río desbordado a las calles, ahogando el espectáculo que quería representarlo."

Pierleone Porcu |
Contra la tecnología

Nota de presentación *a la edición en español* de Negazine nº1

Noviembre, 2025

¿Hemos perdido el impulso de la creatividad en nuestros análisis sobre la tecnología en sus diversas formas e imaginarios, colapsos y autoafirmaciones genocidas? ¿Qué reflexión producir de la realidad cuando nuestras vidas permanecen entrelazadas al desarrollo omnipresente del aparato tecnológico que nos conduce aceleradamente hacia un vaciamiento total de la capacidad que se tiene para responder a la opresión? ¿En el terreno del pensamiento, al que tanto podríamos habernos acostumbrado, continuamos generando un ejercicio critico que nos abra las puertas a la acción? ¿Cuáles son las herramientas necesarias para desacostumbrar nuestra sensibilidad a lo únicamente reproducible?

En la alegría de los "vagabundos indómitos y heroicos" de los que habla Renzo Navatore, se haya una búsqueda vertiginosa que se adentra hacia la nada, allí en lo desconocido hemos querido explorar nuevos procesos de comprensión de esta realidad (ese conjunto de instituciones que conforman la red de dominación, los intersticios existentes de la tecnología) y que nos encuentre –sin repetir lo único– con la singularidad del individuo que inicia la recuperación de su vida en el hacer y deshacer en la autonomía suficiente que nos brinda la libertad de realizarnos, donde el terreno social (el campo de los desposeídos) se ha reducido aceleradamente a una dimensión cultural aplanada, que ha sido delimitada y determinada en su subjetividad.

La iniciativa contra el desarrollo tecnológico se inscribe en este viaje hacia el abismo, donde el análisis del complejo significado de la maquinaria nos adentra a una guerra de la información y digitalización de todo lo calificable para el capital. El desequilibrio mental en la era de la hiperconectividad está estrechamente ligado al moldeamiento de nuestros comportamientos, nos hemos arrojado a la desorientación voluntaria de lo que consideramos una verdad movilizadora (que para nosotros es la lucha contra la injusticia y contra toda autoridad). La urgencia de cuestionar el propósito de la existencia transformadora y el pensamiento que alienta el impulso que Bakunin acuño revolucionario, es fundamental para empezar a ver con otros

ojos la belleza de la destrucción. En estas páginas –y en el sustrato subversivo que las alimenta– se pretende una acción que golpee al enemigo, y por lo tanto, que exige mucho más de nosotros en nuestra inconformidad con lo que nos reprime, no bajo un modelo de coherencia (es decir, la perfecta correspondencia entre lo que uno hace y lo que uno piensa: pensar como anarquistas y actuar como anarquistas), sino desde el instinto de no guardar silencio.

Vivimos una realidad cada vez más reducida, empobrecida y absorbida por la mercantilización, en un tiempo histórico de enorme implosión cultural, política y psicológica, que ha inhibido el interés y aspiración del ser humano a un abnegado impulso de aceptación. Las alteraciones sensoriales que producen conjuntamente las instituciones que sostienen y reproducen el control sobre nuestra capacidad de imaginar, ha fortalecido los procesos de uniformizzazione que el aplanamiento tecnológico nunca deja de perfeccionar contra toda expresión de vida. La naturaleza desfigurada, el tiempo estancado, la significación del vivir en la ensoñación cableada a la virtualidad.

La comprensión de la desrealización, una interesante y amenazadora expresión de la lógica de control, que busca ser profundizada en estas páginas mucho más que en el estudio de los procesos técnicos y la técnica, es definida por Bonanno como "el objetivo que la tec-

nología alcanza al sustraerse de la realidad, volviéndola irreal". El Capital, en su propia voracidad, rediseña constantemente un mundo que lo vuelva sostenible.

Tal vez la lectura de Negazine no sea para todos, aunque su recomendación sí. La aventura del pensamiento anárquico que hemos traducido, para extender un diálogo contra la desrealización, fue elaborada por anarquistas procedentes de Italia y el Reino Unidos, y que se ha estado imprimiendo desde 2017, contando con seis números –a la fecha– publicados en varios idiomas.

Siempre que se reúnen anarquistas, surgen discusiones. Pero aquí el sentido no está en la discusión misma, sino en la proyección que le damos a nuestras pasiones fuera del alegato, fuera del terreno común (que muchas veces, no nos permite seguir expandiendo nuestra imaginación), y que yace en los análisis que sugieren, más allá de lo aparente –y a veces cómodamente– afín (donde hayamos nuestros principales desafíos), la negación que procura intentar salir del dogma que establecemos en nuestra idealización de lo que creamos y destruimos sobre nuestra propia definición de transformación.

Negazine busca "amplia" el ataque de la discusión y análisis de la realidad (un llamado a despertar de nuestra lucidez actual), sin portar explicaciones ni metodologías infalibles (mucho menos ideología), solo

la intensificación de las intenciones por la internacionalización del enfrentamiento, de creer que es posible todavía contribuir a un debate por medio de la palabra escrita. La lucha del aquí y ahora es la del presente, que nos brinda las herramientas necesarias para desmantelar el sistema dispositivos-modelos de vida. Recordemos, la dominación siempre ha aspirado a ser total.

Negazine existe porque hay quienes tienen algo que decir.

Negazine existe para ser discutido.

Palabras de los editores

Quienes están de acuerdo en que el enfrentamiento con un enemigo esta punto de aplastarnos y la lucha por hacer valer nuestra visión -anarquista- de la vida es perfectamente válida, pero creen que debemos superarlo y buscar algún oasis paradisíaco y mutua benevolencia, se equivocaron al empezar a leer estas líneas. Así que mejor que dejen de leer aquí.

Vamos a hablar de la alegría que sentimos, y que esperamos que sientan nuestros lectores, al atacar al enemigo. Esa es nuestra única razón para dar vida a esta nueva publicación, una revista para ser exactos.

¿Pero qué es una publicación? Unas cuantas páginas impresas encuadernadas con una cubierta. ¿Eso es todo? No, en este caso eso no es todo. Ni siquiera son las ideas que sacamos a la luz, lo que nos atrevemos a decir o lo que pensamos que hay que profundizar críticamente. Tampoco es lo que vamos a intentar aquí por primera vez, escandalizar un poco a nuestros lectores echándoles

en cara nuestra forma de ver las cosas.

Sólo los que ven el dedo que señala la luna e ignoran la propia luna podrían llegar a tales conclusiones, bastante plausibles por cierto. Estamos a punto de ir más allá, de armarnos una vez más para atacar, infligir daño a un sistema complejo que está destruyendo el planeta. Porque tenemos la intención de hacer algo contra esta monstruosidad en acto antes de que tenga éxito con su proyecto. Al menos intentarlo.

Ahora bien, antes de actuar debemos conocer y comprender lo que tenemos delante y elaborar un proceso conceptual adecuado para encontrar los mejores métodos de ataque. Este es el primer motivo de esta revista.

El segundo motivo es que nos negamos a callar y ser esclavos de lo que la propia estructura que queremos destruir hace pasar por realidad. Queremos mirar con otros ojos, oír con otros oídos, sentir con el corazón, no a través de un mecanismo tecnológico que podamos sustituir por el comportamiento humano en un momento dado.

Una tercera razón está ahí mismo, frente a nosotros, en este clima de aplanamiento y uniformidad, de aceptación lamentable y de agonía malinterpretada como respiración y latidos. Rechazamos esta apariencia de vida que es sustancialmente muerte. Por eso queremos ir más allá y afirmar la alegría como visión de la vida, y

no como un mísero atrincheramiento.

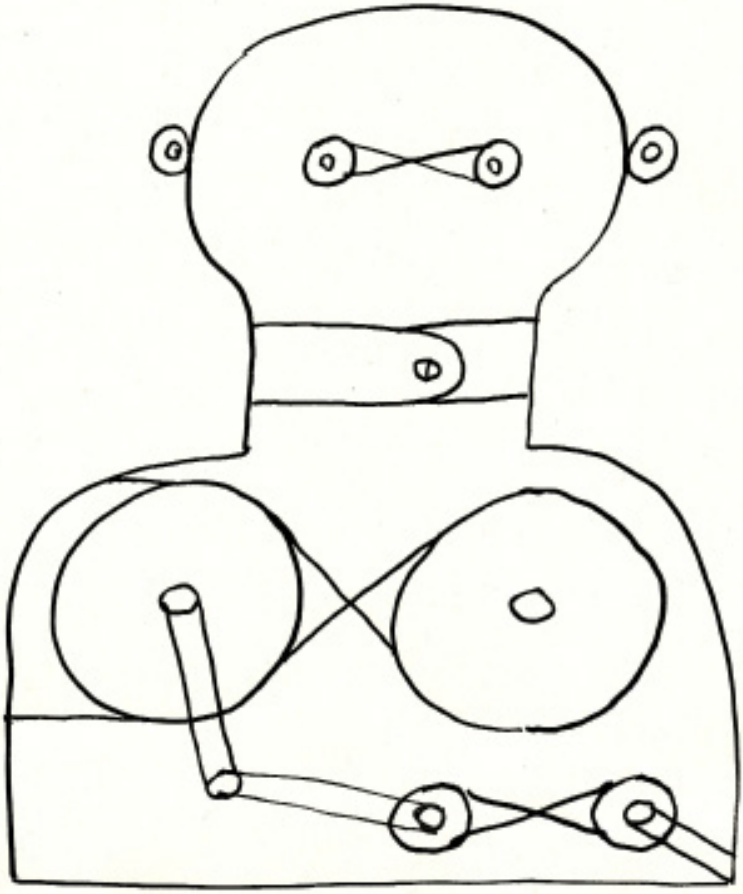
Abandonemos este miserable conformismo simplista, compañeros. Salgamos al aire libre, aunque sea al borde del bosque, y entonces, poco a poco, empecemos a atacar los lugares donde se está produciendo la matanza sistemática de nuestra vida, los lugares de la supervivencia y la mediocridad, de la ignorancia y el encogimiento para evitar los golpes que se avecinan.

Tomemos por fin la iniciativa, pongamos el cuchillo entre los dientes y demos un golpe.

Estas páginas no son un simple papel salpicado con unas gotas de tinta, son parte de la carne del enemigo sobre la que estamos imprimiendo el grito final de nuestra voluntad de destruirlo.

Que el enfrentamiento llegue hasta el final.

Los editores.



Tecnología

Alfredo M. Bonanno - Marzo 2017

Al leer las páginas siguientes, convendría dejar de lado todo lo que ya sabemos sobre la tecnología. En efecto, ¿qué conocimientos o hipótesis que se hacen pasar por certeza conforman el aspecto científico de la tecnología? Muy pocos.

Si echamos un vistazo dentro del cajón de la investigación científica establecida de la que sí surgió algo concreto, vemos una serie de utilidades. Es decir, cosas hechas con una finalidad, incluso negativa, como en el caso de las técnicas militares. Esta finalidad es casi siempre doble: sustituir algo preexistente, consiguiendo así un excedente de uso y rendimientos, y abrir nuevos horizontes de utilidad. Los trabajadores especializados denominados eufemísticamente científicos, por lo general necios y en nómina de diversos patrones, no tienen ideas, sólo capacidad, y es necesario aclarar estos conceptos.

Las ideas nos permiten comprender lo que tenemos

delante y cómo podría evolucionar, es decir, nos permiten ver para prever. La capacidad nos permite utilizar un dispositivo, leer un programa o incluso construir uno (secuencias binarias tontas), colocar un objeto en la casilla correspondiente y luego darnos la vuelta y dormirnos tranquilamente.

Las ideas nos mantienen en constante agitación, no nos dejan descansar, exigen lo mejor de nosotros y cuando lo damos todo nos empujan aún más allá, más allá de lo imaginable, más allá de la sumisión con los pies en la tierra que domina tanto a los científicos como a los idiotas que lo saben todo, pero no a alguien con una idea en la cabeza y en el corazón. El trabajador experto que ha completado su investigación y ha sido aplaudido por el público ilustre por su descubrimiento, por así decirlo, se siente realizado. El idiota conocedor que ha producido la última anotación del *Furioso* [una obra literaria] termina sus días en la torre de marfil de un auditorio universitario. Ninguno de estos prototipos es capaz de percibir la poderosa acción *desrealizadora* que los golpea a ellos y a sus semejantes a través de la tecnología.

¿Por qué?

Porque el mundo está hecho de cosas que hay que poner en su sitio, cosas que yacen sin más en las manos y proyectos de estos idiotas o trabajadores de la ciencia, se manipulan, construyen y reconstruyen cada día para que todo proceda como debe. Cualquier contratiempo

debe ser sofocado, cualquier contradicción superada, pero ninguna de estas nivelaciones y adelantamientos debe ir más allá de los roles preestablecidos, aunque ahora mismo parezcan las alturas impermeables de la inteligencia operativa. Y de hecho lo son, pero todo en el ámbito del hacer cuantitativo, ninguna cualidad se vislumbra en el horizonte donde la repetición continua de la acumulación de hechos marca el epítome del progreso. Este aplanamiento colectivo generalizado no excluye a las mentes más productivas del planeta, las que normalmente se consideran faros de la inteligencia que atraen el interés de algunos privilegiados que buscan aumentar su riqueza.

Lejos de esta bajeza de tontos ilustrados y obreros baladores existe todavía un mundo de compromiso personal, de acción, de ataque a las estructuras de soporte que buscan posiblemente ir más allá y alcanzar una calidad que pueda transformar la vida y, junto con la vida, la realidad que tenemos delante. Por supuesto, esto es obviamente algo pequeño (¿un pinchazo quizás?), ¿y qué? Para nosotros nunca es un pinchazo, sino algo que transforma toda nuestra existencia al levantarse para atacar un proyecto miserable que nos está arrebatando todo lo que somos, nuestra propia realidad. Porque el proyecto de la tecnología es realizar una tarea totalizadora, la desrealización del mundo.

¿Qué significan estas palabras? Intentaré explicarlos lo mejor que pueda.

El conjunto de las técnicas actualmente en funcionamiento constituye lo que llamamos la economía. Esto se ha incorporado a la tecnología. Sin embargo, la tecnología es algo distinto, radicalmente distinto de la suma de las técnicas individuales. Estas últimas reproducen continuamente el mundo en el que vivimos, la tecnología lo hace irreal, le quita su sustancia, lo priva de su realidad. Llegados a este punto, se requiere un poco de paciencia por parte del lector para no abandonar y tirar estas pobres páginas con disgusto.

No olvidemos que el objetivo de la tecnología es aplanar [appiattire] y uniformar [uniformare] la realidad. Hasta ahora este objetivo sólo se ha conseguido en una pequeña parte, pero los intentos de las distintas técnicas de luchar por el mayor beneficio para los productores individuales no pueden prolongarse indefinidamente. Es imposible obligar a todo el mundo a utilizar el mismo modelo de coche, aunque sea el más adecuado para las condiciones de tráfico del momento, o a llevar el mismo traje. Así que hay que evitar el problema. Esto es la *desrealización*. Los objetos se producen libremente y se imponen a los consumidoros a través del mercado de todas las formas que conocemos, pero su sentido, su significado, se ha debilitado, es decir, se les ha privado de su sustancia. Este proceso aún no es del todo visible, existe en ciertos sectores más que en otros, pero es precisamente promoviendo este aplanamiento cultural generalizado que la tecnología está logrando sus objetivos.

Compramos coches que claramente no son aptos para el tráfico de las grandes ciudades y los utilizamos muy por debajo de su potencial porque el resto, su imponente construcción, es simplemente un signo de nuestro nivel social, el llamado símbolo de estatus en el que se han gastado tantas palabras. Los desfiles de moda presentan diseños que nadie podría llevar, así que rebajamos alegremente estas aspiraciones culturales a nuestro nivel. Mil señales (véase el cine, la televisión, la literatura) nos dan indicaciones de todos los impulsos eróticos que podríamos experimentar, entonces nos contentamos con niveles de realización más modestos y más adecuados a nuestra propia sexualidad, que no suele ser tan extraordinaria. Como señalamos en otro artículo, nuestro tiempo está terriblemente sectorizado, lo que nos da la ilusión de vivir, respirar y disfrutar de la vida, pero en realidad estamos dormidos la mayor parte del tiempo. Llevado al extremo, esto supone la muerte de cualquier otra perspectiva posible.

Como vemos, la tecnología ha conseguido construir un modelo de *desrealización* muy avanzado en algunos ámbitos, y menos en otros, pero el proyecto tiene un propósito mayor y global: desrealizar al ser humano.

El aplanamiento cultural no es el objetivo principal de la empresa tecnológica, ésta es más un instrumento que un objetivo. Más allá de eso, se despliega un horizonte de uniformización en ausencia de la realidad. Frente a esta ficcionalidad rampante, una respuesta

eficaz podría ser la reafirmación de la dura realidad. Soy lo que soy capaz de hacer, así que trato de ampliarlo y convertirme en el *homo faber* [el hombre que hace]de mi destino. Puedo cambiarlo, diferenciarlo del de los demás, vivir una vida con sentido dentro del mismo montaje de producción que intenta asfixiarme. Por supuesto, esto no es más que un parloteo o un galimatías[1]. Por el mero hecho de hacer no puedo lograr nada más allá de lo que se está construyendo a mi alrededor. Sin realizar, construyo no-realizaciones y me inclino cada vez más a tomar la irrealidad por la realidad, para poder adaptarme a mi vida de zombi. Puedo acumular todo el conocimiento que quiera por el mero hecho de hacer, pero nunca podré transformar nada de ello en una herramienta de liberación o, sin ir muy lejos, en un medio de ataque. Este es el error que cometen muchos que ven el conocimiento como una herramienta aristocrática utilizada por los poderosos para mantener su privilegio. Hay mucho de cierto en esto, pero falta algo. El conocimiento asegura el dominio, pero el dominio se idiotiza a sí mismo, dejando en circulación procesos diferenciados que pueden ponerlo en peligro en cualquier momento. Un comité de idiotas eruditos y trabajadores cualificados nunca podría controlar el mundo, mientras que el proceso tecnológico de desrealización sí podrían

I El término galimatías es usado para describir un lenguaje complicado y casi sin sentido, embrollado, lenguaje oscuro por la impropiedad de la frase o por la confusión de las ideas. [N.A.]

hacerlo. Esto es lo que tenemos que entender. Debemos aprovechar los instrumentos para atacar mientras estamos a tiempo, es decir, antes de que la tecnología nos *desrealice* por completo, y estos instrumentos son también culturales.

Una de las formas en que la tecnología nos está *desrealizando* es ofreciéndonos modelos incompletos de razonamiento que no tienen sentido en sí mismos, por lo que son bastante irreales, pero que ya somos capaces de interpretar como reales. Una serie de ellos se está formando extrayendo ciertos modelos de protesta del pasado reciente, vaciándolos oportunamente de contenido y haciéndolos irreales. Por ejemplo, la lucha contra la tecnología negándose a utilizar los artilugios que influyen en nuestra vida cotidiana (teléfonos móviles, ordenadores, etc.), encerrándose en algún agujero en el campo o en la montaña, utilizando ridículas obstrucciones lingüísticas para indicar un rechazo a los patrones de comportamiento del pasado (por ejemplo, el rechazo de la forma masculina para incluir la femenina, etc.), la ideología vegetariana, la vegana, y tantas otras pequeñas trampas oportunamente puestas en marcha por la tecnología.

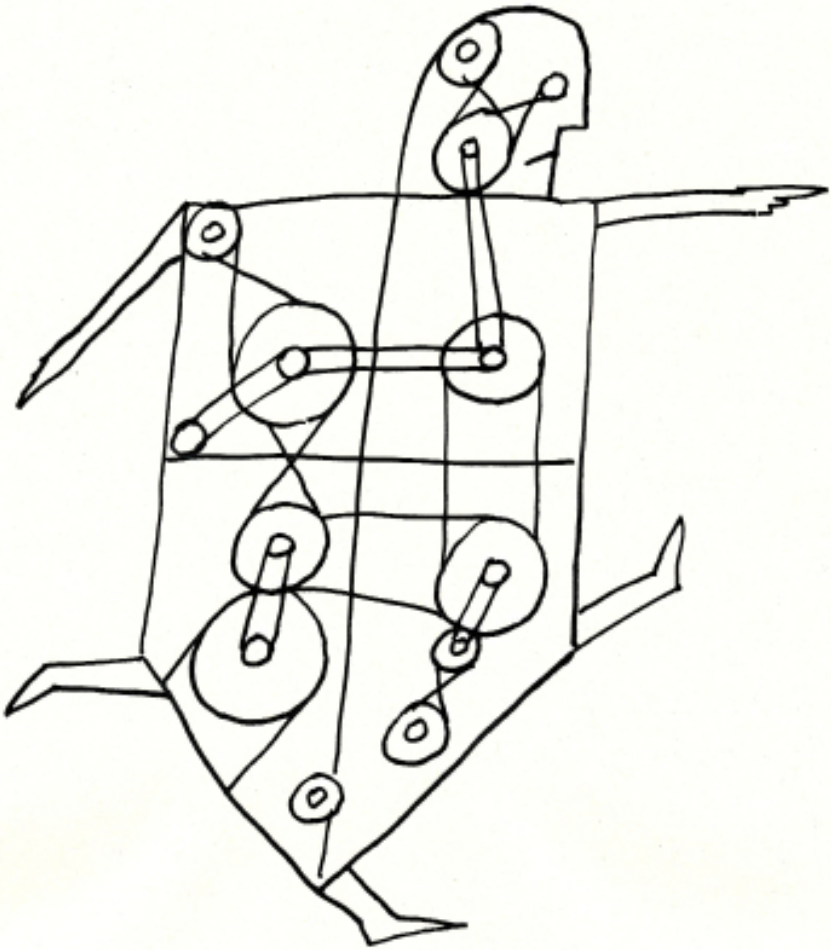
La transición del símbolo a lo real y viceversa suele producirse rápidamente sin razón aparente. Escuchamos una música destrozada y reducida a símbolos que absorbemos pasivamente. De vez en cuando resurgimos gracias a un rastro de cultura que sobrevive y tomamos conciencia de lo que le ocurre a nuestros oídos. Pero

este paso no puede darse sin mediación y apoyo. A menudo, junto al símbolo entra en juego algo que distorsiona el significado sustitutivo. La riqueza sincrética se convierte en el intermediario entre el símbolo como un ir más allá y la presencia no realizada de la cosa que nos llama desde debajo de nuestra ensoñación. Así que nos despertamos con algo en las manos y tomamos conciencia no sólo de nuestra idiotez sino de las fuerzas que nos hicieron tan profundamente idiotas. Esta cosa nos encuentra ahora perdidos en el bosque de los símbolos pero, a veces, es tan fuerte como para mostrarnos un camino en medio de miles y miles de ellos, un camino que puede llevarnos hasta el punto de chocar con la realidad. Pero esta realidad no es esa cosa dura y llena de significados que puede ser utilizada para satisfacer deseos y necesidades, sigue siendo una alucinación. Así que nos encontramos en una encrucijada. Podemos cargar de cabeza contra todo lo que resuena en la ignorancia y la falsa inmanencia, y para ello necesitamos una designación, un punto de apoyo sólido que debemos encontrar allí en el camino que abrimos en el bosque con tanto esfuerzo. O podemos dar la vuelta y volver a dormir. Al fin y al cabo puede que sólo haya sido un mal sueño, un sentido deformado de la vida, cuando llevamos tiempo muertos y apestamos como cadáveres sin darnos cuenta.

Pero la designación nos ha impactado, de alguna manera. Nos resistimos, intuyendo que tras lo irreal se

esconde otra connotación desconocida para nosotros, que tras el giro del camino en el bosque hay un soplo de vida que podría despertar a la "bella" dormida y recordar muchas cosas que hace tiempo hemos olvidado o nunca hemos conocido. Intuimos que tras esta denominación se esconde el negro vacío de la acción, el sueño que despierta, acusando la pereza y la cobardía, la urgente necesidad de dar un empujón a nuestras vidas, mirar a nuestro alrededor y, sobre todo, luchar contra el sincretismo que conecta el símbolo con la cosa simbolizada, la irrealidad con la realidad, el mecanismo irrealizador que nos cantó la nana hasta el punto de un posible despertar.

Y aquí hay que jugarse la vida.



Dos idiomas

Mariangela Vella - Abril 2017

La revista que proponemos se publicará en dos idiomas, italiano e inglés. La mayoría de nosotros vive en Italia. La decisión de publicar estas páginas en inglés, además de en italiano, no se debe simplemente al hecho de que uno de los compañeros implicados en este nuevo proyecto editorial vive en el Reino Unido, sino porque queremos llegar al mayor número posible de compañeros. Creemos que las cuestiones en las que hemos decidido detenernos y analizar conciernen a todos, estén donde estén, y al tratarlas queremos intentar superar las fronteras lingüísticas, históricas y culturales en las que solemos pensar y debatir.

A pesar de ser anarquistas, como occidentales nuestra percepción del mundo y de la realidad (en la medida en que nuestra cada vez menor capacidad de interpretación de esta última nos lo permite) está sin duda ligada a la forma en que hemos crecido, a la educación que nos han dado, a los conocimientos que hemos adquirido, al sistema de valores que, de una forma u otra, influye en

nuestra forma de relacionarnos y de actuar. En otras palabras, está ligado al condicionamiento social europeo y occidental. La mayoría de los problemas que asumimos y tratamos de abordar, aunque sea en la perspectiva de la destrucción, surgen de la realidad de una sociedad democrática. Nuestras reacciones y análisis reflejan inevitablemente la atmósfera suave pero íntimamente violenta y maliciosamente enmascarada típica de este tipo de sociedad. Así que es natural preguntarse si estas condiciones están reprimiendo los jadeos del conflicto que parpadean dentro de nosotros de vez en cuando como pequeñas llamas, y si no deberíamos esforzarnos por mirar a otra parte. No ir a otra parte, sino buscar en otra parte.

¿Qué significa adoptar una dimensión internacional del enfrentamiento? No sólo conocer a los compañeros que viven en otros países y entender su idioma, sino también plantear el problema de traducir el significado de las palabras según su contexto específico. ¿Sabemos realmente lo que significa el "enfrentamiento[2]", o "ser anarquista"? ¿Luchar en lugares donde hay situaciones de guerra civil, de militarización (real, masiva) de los territorios, donde más de dos personas no pueden encontrarse en las calles, donde las condiciones de vida y de reflexión son completamente diferentes a las que estamos acostumbrados? ¿Estamos dispuestos a tirar

2 El termino utilizado en italiano es *scontro,* que podemos traducir como "choque" al igual que su traducción al ingles con el uso de *clash.* El uso del termino "enfrentamiento" fue desición de los traductores. [N.T.]

por el retrete todas nuestras teorías, antipatías personales, todas las actitudes ideológicas que arrastramos? En nuestra parte del mundo, las discusiones sobre los métodos y los objetivos de los ataques apenas se basan en luchas reales, así que ¿por qué no intentar ver lo que ocurre lejos de nuestro patio trasero?

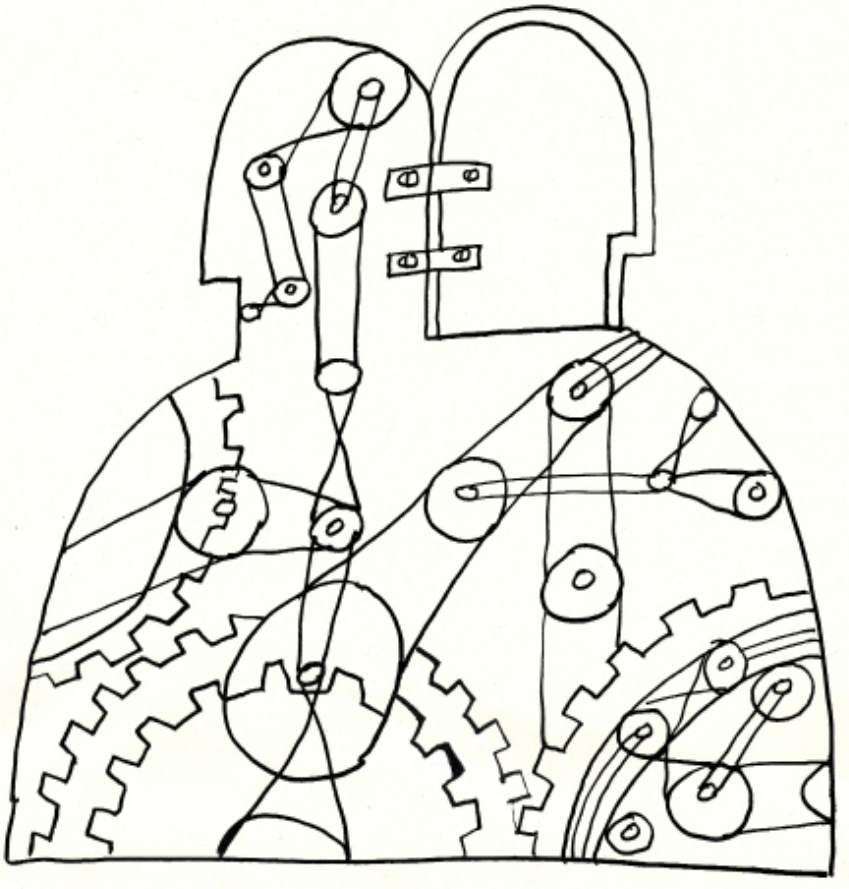
Nos enfrentamos a una evolución de la tecnología que pretende abarcarlo todo y a todos, incluyendo el dominio y la necesidad del capital de absorber recursos y energía de todas las partes del planeta. Tanto de las sociedades occidentales ahora espigadas hasta el tuétano, como de aquellas en las que todavía existe una naturaleza salvaje y formas de vida diferentes.

La infantilización del individuo sigue adelante. Prácticamente nadie en Occidente necesita cazar para alimentarse y cobijarse, estos elementos de supervivencia son más o menos abundantes. Están ahí, no en igual medida para todos, pero existen. ¿Y el resto? ¿Qué es? Una búsqueda perpetua de nuevos recursos y la producción de más alimentos, más refugios, nuevas demandas, nuevas necesidades, a través de sofisticados mecanismos. Las necesidades cambian y aumentan según el nivel de complejidad y desarrollo tecnológico-industrial de la organización social en la que existen. Pero mientras existan casas, refugios, tiempo libre, riqueza y pobreza, en algunos lugares habrá diversas formas de domesticación y autoritarismo, en otros la gente muere y se pelea. Las condiciones de pobreza, la represión, la vida misma,

varían mucho de un lugar a otro, pero las raíces son las mismas. Diferentes consecuencias, el mismo principio.

Tenemos que salir de nuestras casas donde leemos sobre muertes, brotes de resistencia y revueltas, por muy cómodos que estemos. El hogar no es sólo el lugar físico donde comemos y dormimos, es la prisión existencial dentro de la cual hemos relegado nuestras ideas y pasiones.

La decisión de ofrecer reflexiones sobre los temas tratados en esta revista a un público más amplio que un estrecho círculo de compañeros, traduciéndola para empezar, está precisamente ligada a la voluntad de destruir el hogar y hacer un esfuerzo por romper las fronteras.



Control tecnológico

Ernesto Pris - Marzo 2017

Nuestro nivel de comprensión general en lo que respecta a uno de los principales objetivos de la tecnología, el control, es increíble.

El poder quiere conocer las respuestas de los dominados a todos los niveles, desde las preferencias alimentarias hasta los niveles medios de educación, desde las opciones políticas en general hasta las orientaciones específicas (derecha e izquierda son ahora términos obsoletos), desde los gustos en materia de vestimenta hasta la distribución de los ingresos, así como muchas otras cosas registradas con prontitud e igualmente descartadas por la investigación estadística.

Se han dedicado grandes esfuerzos y muchas inversiones a comprender tales orientaciones para mantenerlas bajo control y evitar que produzcan demandas excesivamente detalladas o imprevisibles. Incluso cuando estallan repentinamente (hasta cierto punto) com-

portamientos no observados anteriormente, como en el caso de mayo del 68, por ejemplo, cuando el poder se apresuró a arreglar las cosas, se examinó el fenómeno en profundidad y pronto quedó claro que tales tendencias no estaban del todo fuera de lugar. Bastó con ajustar ligeramente el control de algunos de los modelos imperantes y todo volvió a la llamada normalidad.

La presencia masiva de la tecnología en todos los aspectos de la vida social contemporánea no puede entenderse plenamente si no nos damos cuenta de que el antiguo dualismo entre humanismo y tecnología ha desaparecido. La distinción comenzó a menguar y finalmente desapareció por completo debido al descenso del nivel educativo general. Los estudios técnicos, incluso a nivel universitario, están produciendo básicamente trabajadores especializados, aunque tengan títulos, mientras que el sector humanista, que podría haber marcado la diferencia desde el punto de vista cultural al empujar a los técnicos a superar su cerrado entorno técnico mecánico, se ha hundido hasta el punto de producir a personas apenas alfabetizadas, a pesar de sus títulos. Todavía hay algunas excepciones, unos cientos de personas que el poder cultiva y utiliza para mejorar sus sistemas de investigación y proyectos de control.

La entrada de la tecnología en el ámbito cultural ha favorecido el aplanamiento general, ya que no se requiere mucha formación básica para la investigación, sino sólo conocimientos técnicos específicos. En estas condiciones

se ha hecho extremadamente difícil, casi imposible, comprender la intrusión de la tecnología en toda la vida del hombre contemporáneo, y así poder preparar algún tipo de resistencia a la misma. Nuestro cerebro embrutecido nos dice que simplemente apagando el teléfono móvil "imprescindible" o manteniéndonos alejados de los circuitos de televisión en circuito cerrado podemos oponernos a un proceso que no sólo tiene un potencial muy diferente, sino que también tiene intenciones muy distintas.

La construcción de nuestro gusto o la codificación de nuestro erotismo extremadamente individual (por así decirlo), implica sistemas tecnológicos de control mucho más sofisticados que la lucecita que parpadea en el supermercado. La tecnología está imprimiendo su sistema de choque basado en el control para enviar un mensaje opresivo que lo abarca todo, lo que se suma a nuestra creciente incapacidad para ver los límites y el potencial de este insidioso proyecto. El control es un principio metafísico que se encuentra en la base de la convivencia, cuya respuesta, necesaria para sentirse vivo y no como un objeto encasillado en una cinta transportadora, se está abandonando para siempre mediante la aceptación de una condición que no es en sí misma duramente represiva. La vertiente tecnológica del control pretende, por tanto, construir una condición blanda, reduciendo al mínimo las reacciones que puedan dar lugar a bolsas de descontrol, intolerables para un mecanismo que ya ha entrado en el ámbito de la vida cotidiana. Lo

que tenemos ahora ante nosotros no es alguien frente a un panel pulsando un botón de izquierda o derecha, sino un proyecto autoproducido que abarca todas las disputas imaginables entre los capitales individuales, que siguen compitiendo siempre ferozmente entre sí.

Frente a esta presencia omnipresente, con su tendencia autodirigida a asumir la totalidad de la vida social, sería simplista e inapropiado considerar el control como el objetivo principal, casi exclusivo, de la tecnología. Básicamente, el objetivo tácito de la tecnología en su complejidad, que incluye todos los posibles subconjuntos formados por los capitales individuales que compiten entre sí, es reducir el control a un nivel cada vez más aceptable y aumentar el reparto mediante una serie de procesos de uniformización construidos por el propio potencial tecnológico.

El nivel de control podría muy bien rebajarse una vez que el gusto y la elección de la moda se han uniformado, y todo el mundo aspira al mismo modelo de hombre y mujer. No el que se muestra en los catálogos o en los desfiles de moda, sino por debajo, muy por debajo, empobrecido y modulado de forma accesible y aceptable, o, mejor aún, si las respuestas divergentes se fragmentan hacia objetivos mínimos sin contenido realmente subversivo, todo ello puesto en marcha automáticamente por la tecnología en su conjunto. Si la lucha contra el poder se dirige ficticiamente hacia los símbolos lingüísticos, las opciones alimenticias, las va-

llas publicitarias, los grafitis, el género y todo lo demás, y el ataque subversivo al poder real se convierte en un circo en el que las pulsiones se modelan al mínimo sobre las tendencias uniformadoras que ya abundan por todas partes, la tecnología podrá reducir sus proyectos de control total, ahora facilitados por los descubrimientos científicos más avanzados. Esto significa que todavía no se está haciendo todo lo que se podría hacer, pero en general la tecnología está produciendo lo necesario para que su presencia sea total en la vida de cada uno de nosotros, sin derroches innecesarios ni grandes saltos hacia adelante.

Estas reflexiones abren una perspectiva de ataque diferente a la del pasado. Las estructuras físicas únicas que sustentan el programa tecnológico en su conjunto, no a nivel local sino global, siguen siendo las piedras angulares del programa en cuestión. Junto a ellas, por supuesto, están las personas que, en los sectores individuales y con poco o ningún contacto entre ellos, ayudan a poner en marcha estos proyectos, aunque sólo los conozcan en una mínima parte y trabajen siempre para el beneficio de un único capital. Así, han surgido claramente dos objetivos, aunque no son necesariamente los más importantes para los revolucionarios que desean reducir las consecuencias inmediatas de la tecnología en acto.

¿Y entonces? Eso es lo que debemos preguntarnos hoy. El proceso tecnológico no se detiene en las redes subterráneas y aéreas de cables y conexiones, ni en las "catedra-

les en el desierto"[3] que identificamos hace tiempo y de las que hablamos ampliamente, sino que va mucho más allá.

Por ejemplo, es fácil comprender que la red bancaria universal es uno de los elementos esenciales para el funcionamiento tecnológico del mundo, algo tan obvio que apenas merece la pena mencionarlo. Todos estamos inmersos en el sistema bancario mundial, sin él ninguno de nosotros podría sobrevivir más que recurriendo a prácticas que no muchos podrían, por falta de medios y por efectos del propio sistema tecnológico. Sobre el mismo tema, la circulación del dinero permite la distribución de bienes, por lo tanto la posibilidad del consumismo y, tal como están las cosas en este preciso momento histórico, nuestras vidas. Ciertamente no es una sorpresa descubrir que nuestra vida es una vida de mierda porque la entregamos a las garras de las prótesis tecnológicas que se han producido a partir del conflicto entre capitales en un campo de batalla planetario hace mucho tiempo. Este es sólo un aspecto, definitivamente no es secundario, ni es el más importante, porque está directamente conectado a través de la relación productor-consumidor. Y los bancos siempre han sido uno de

3 En Europa se les llama "Catedrales en el desierto" a las infraestructuras del proyecto TAV ubicadas a las afueras de las ciudades con imponentes construcciones futuristas y que se definen acertadamente como parte de la "estrategia" que el capitalismo y sus logicas de devastación ven necesarias para su permanencia, impactando en territorios y comunidades. La lucha contra el TAV ha sido una lucha contra el despotismo de la velocidad, un sintoma de antrópico que colabora estrechamente con la inteligencia militar y el traslado del capital. [N.E.]

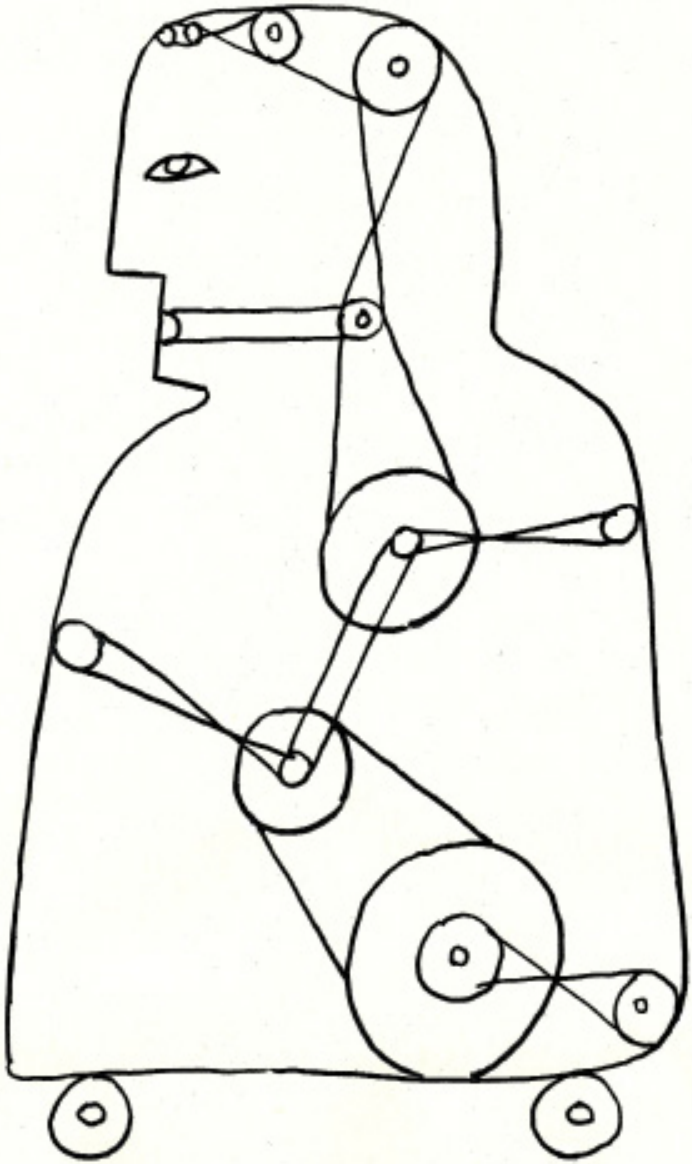
los objetivos privilegiados de los revolucionarios que iban más allá de vender palabras en las esquinas.

Veamos otro aspecto de la estructura tecnológica, la construcción del erotismo individual. Todos somos conscientes de nuestras pulsiones sexuales, las consideramos lo más personal posible y les damos poca importancia, o si hablamos de ellas lo hacemos con cierta incomodidad, etc. Todo eso lo sabemos. Pero no mucha gente piensa en el hecho de que el modelo erótico que todos aceptamos más o menos, con las necesarias excepciones, es una construcción de la tecnología. La circulación de las ideas y, por extensión, el nivel cultural medio, así como la posibilidad misma de entrar en contacto con otros seres humanos y, posiblemente, de mantener relaciones eróticas con ellos, están ahora gestionados por la tecnología. De hecho, ésta es una de las funciones más formidables que está asumiendo ésta, ya que de ella se desprenden otras actividades estrechamente vinculadas al consumo. Y en este punto surge un grave problema. ¿Cómo atacar un proceso represivo tan íntimo que ha penetrado en todos nosotros? Aquí también hay muchas formas de atacar. Básicamente, ¿por qué un desfile de moda, una boutique de lencería, una productora de películas porno, un restaurante dirigido por algún pontífice culinario, deberían ser considerados menos responsables que un pilón de alta tensión? O empezamos a hacernos estas preguntas y a pensar en términos globales respecto al problema de la tecnología,

o nunca llegaremos a ninguna parte contra un enemigo que nos está superando.

Sigamos, y el discurso podría llegar lejos. La escuela a nivel superior, por tocar un tema doloroso, es una de las terminales donde el proceso tecnológico en acto está produciendo la materia prima que requiere para la fase que ya ni siquiera podemos definir como postindustrial. Se mire por donde se mire, esta última necesita una mano amiga que esté alfabetizada pero no demasiado educada. Se han ideado mil estratagemas para conseguir este espléndido resultado, incluso el desvío de los llamados movimientos revolucionarios del pasado que, una vez satisfechas sus idiotas peticiones iniciales, no supieron qué más pedir y fueron absorbidos por la vorágine de la colaboración. El declive educativo de la escuela proporciona una media global para todos los demás sectores sociales. Ahora el mundo del trabajo sólo requiere de tontos servidores divididos en pequeños grupos aislados donde los pequeños jefes representan los dramas sindicales del pasado, ahora completamente desprovistos de sentido. También aquí, como en el pasado, atacar no debería ser un problema grave. No hay objetivos privilegiados, cualquier objetivo relacionado con la escuela es bueno porque ésta es mala, sumisa, inútil, ridículamente estúpida. Tal vez en el nivel más básico siga teniendo la función insustituible de alfabetizar, pero en los niveles más altos no cabe duda de que se puede hacer muy bien el papel de tierra quemada.

La tecnología merece un examen exhaustivo, que no podemos llevar a cabo adecuadamente aquí, por razones de espacio. Preferimos dejarlo para futuros números de nuestra revista. Si lo que decimos tiene algún sentido, también estamos a la espera de saber qué piensan los compañeros que nos leen.



Dormir

Anonimx - Marzo 2017

Es agotador ser consciente de uno mismo y estar lleno de cosas que hacer en cada momento de nuestro día de vigilia. Uno necesita descansar y, salvo en los casos determinados por las condiciones de trabajo, solemos hacerlo por la noche. El sueño recarga nuestra energía. Sin embargo, no es el aspecto fisiológico del que queremos hablar aquí, sino el sentido existencial profundo de lo que significa el sueño.

En algún momento apagamos nuestra autoconciencia, ya sea de forma voluntaria o con ayuda de la química, y nos entregamos a la vis dormitiva, como solían decir. ¿Es eso todo? No. No, porque también se puede dormir con los ojos abiertos, luchando, trabajando, soportando la explotación organizada por los diversos represoros, e incluso creer que se está soñando o pensando, es decir, que se está utilizando la imaginación y las capacidades cognitivas. ¿Cómo puede ocurrir esto? Seguramente es fácil distinguir claramente la vigilia del sueño. Sin em-

bargo, no es así.

Pasamos gran parte de nuestras horas de vigilia -con los ojos bien abiertos- durmiendo, realmente durmiendo con los ojos abiertos. Las preocupaciones de la tecnología, que ya no son casos aislados sino que pertenecen al proceso tecnológico en su conjunto, también se están convirtiendo en este peligroso estado de estar dormidos cuando creemos estar despiertos. El proceso es demasiado discordante, demasiado espontáneo, no está suficientemente controlado y uniformado y es incapaz de darnos una dirección común de comportamiento.

Analicemos más detenidamente estas cuestiones.

Durante el tiempo que pasamos en el trabajo resolviendo problemas o realizando tareas mundanas, una parte de nuestra mente se separa, se reduce y se dedica a la tarea en cuestión, es decir, a los problemas que hay que resolver, a obedecer órdenes, etc. De vez en cuando, la otra parte nos sorprende y exige que se la escuche, pero esto suele verse sólo como una expresión de arrebatos irracionales, retazos de sueños, deseos, esperanzas, pesadillas, arrepentimientos, resentimientos y todo lo demás, y se refuta. El mecanismo de control que supervisa dicho proceso se desarrolla a partir de la adolescencia mediante la profesionalización del estudio o del trabajo en función de los compromisos, las oportunidades, las responsabilidades y todo lo demás. ¿Podemos considerar que el estado de vigilia es la condición de la

parte de la mente que se dedica al trabajo o al estudio? Definitivamente no. ¿Podemos considerar que la reaparición espontánea de la parte que había sido obligada a descansar es la verdadera vigilia? Por supuesto que no, ni siquiera eso. Se deduce que durante al menos ocho horas, si no más, estamos dormidos, es decir, durante un tercio del día. Si a eso le añadimos una media de ocho horas de sueño real, sólo quedan ocho horas en las que estamos verdaderamente despiertos. ¿Pero lo estamos?

Así pues, el discurso se refiere a esas ocho horas restantes, y en ello se centra la atención tecnológica. El uso de instrumentos ampliamente disponibles para las poblaciones educativa y económicamente avanzadas (por así decirlo), está dando lugar a muchas dudas. El uso de los teléfonos móviles está muy extendido, pero la transmisión de comunicación real con algún significado que pueda ser perturbador en lo que respecta al equilibrio global, es muy limitada. Lo mismo ocurre con la televisión y el ordenador. Un nivel tan bajo debería tranquilizar al dominio, y de hecho lo hace, aparte de los casos esporádicos de procesos insurreccionales que estallan repentinamente por diversas razones, en las que no entraremos aquí. Pero el dominio no es la tecnología, son dos cosas diferentes, o más bien son la misma cosa en el sentido de que el dominio está dentro de la tecnología y no al revés.

Como decíamos, el bajo nivel de contenido transmitido a través de los instrumentos mencionados durante

buena parte de las ocho horas ¬restantes de vigilia tranquiliza al dominio. Pero, obtuso por definición, quiere que todos permanezcan tranquilos durante su supuesta actividad productiva, pasen las otras benditas ocho horas de la manera más inocua y anodina posible, y luego se metan en la cama a la hora habitual.

La tecnología quiere más. Quiere que todo el mundo se meta en el mismo saco para que cada persona quiera lo mismo, oportunamente variado, por supuesto, pero todo perfectamente previsible. Así no hay lugar para ningún residuo significativo de pensamiento subversivo (hay que subrayar esta palabra) capaz de negar la realidad y soñar con otra en su lugar, una diferente, tan diferente como para asustar como una pesadilla aterradora.

En otras palabras, la tecnología también quiere que las otras ocho horas, las de la vigilia, se pasen durmiendo.

Intentemos no parecer viejos reaccionarios que sueñan con días pasados que nunca volverán. Echemos un vistazo a lo que facilita el sueño, aceptablemente para el dominio pero no para la tecnología, porque no son lo suficientemente homogéneos: periódicos, televisión, radio, teléfonos móviles, ordenadores, películas, música de masas, etc. Por supuesto, cada uno de estos medios puede tener fisuras, y eso es precisamente lo que teme la tecnología, pero todos juntos su tarea es precisamente la de adormecer.

Tomemos la lectura de los periódicos de la mañana,

por otra parte ahora extremadamente reducida y generalmente realizada por un estrato de usuarios menos peligroso para los gobernantes de nuestro glorioso destino. Nada puede ser más superficial y estúpido. Cada artículo está estructurado según las directrices de arriba, no sólo en cuanto al contenido sino también en cuanto a la forma. Mediocres y grandes imbéciles son llamados a llenar columna tras columna de juicios acomodaticios de mala calidad sobre todo y todos. No creo que haya que explicar al lector lo que es la televisión en cuanto a su mediocridad crónica, que empeora cada año que pasa, si es que eso es posible. Los otros dos aparatos electrónicos, los teléfonos móviles y los ordenadores, se dejan aparentemente a la inteligencia del usuario, pero es precisamente en eso en lo que influyen, en modelarlo según el uso que haga de ellos. Hay un intercambio en curso que parece ser bipolar, en esencia es desigual. El usuario no puede competir con la máquina si no posee el suficiente conocimiento cultural, que le fue arrebatado hace mucho tiempo a través de mil transiciones académicas y del contexto intelectual en su conjunto. Las discusiones que tienen lugar en los intercambios celulares se aplanan a todos los niveles, el lenguaje se reduce a una cantidad muy inferior a las ciento ochenta palabras de que disponen los estudiantes universitarios estadounidenses, y la duración media de cada comunicación se reduce al mínimo debido al gran aumento del número de contactos. El uso cultural del ordenador no puede ir más allá de lo que el usuario ya conoce, los datos

pueden ser aumentados, controlados y perfeccionados a través del instrumento, pero nunca creados de nuevo.

Y por último la música, porque ya no podemos imaginar otra cosa. Este instrumento de comunicación entra en nuestras cabezas, más o menos continuamente. El uso que se hace de él en todas partes es absolutamente pasivo. El receptor absorbe las ondas musicales que atenúan su ya irrisoria capacidad de juicio, y favorece el sueño de la vigilia tan caro a los sueños de dominación total. Salvo las pequeñas minorías encerradas en los conservatorios (la palabra dice mucho) que no influyen en el juicio en su conjunto, dedicándose a cultivar la música desde el punto de vista cultural tanto instrumental como histórico, la ignorancia reina, aparte de la clásica flauta dulce puesta en boca de muchos niños en las escuelas de menor grado. La historia de la música también se mantiene alejada de la enseñanza. Es fundamental el uso de la música para mantener el orden constituido, naturalmente la música que favorece y consolida el abandono de cualquier tipo de compromiso. Una gigantesca canción de cuna para niños estúpidos.

Aunque imperfecto, el trabajo realizado hasta ahora es colosal. Estamos en un nivel óptimo de estupidez colectiva, el aplanamiento cultural es considerable, la capacidad de utilizar el cerebro se ha reducido en gran medida. Sin embargo, esto no es suficiente. El dominio, en el sentido más amplio del término, no duerme tranquilo. Teme la contaminación continua de las condicio-

nes de vida afectadas por la influencia, aunque indirecta, de modelos aún más degradados que por el mero aspecto de la supervivencia, así como los movimientos continentales de los pueblos. Estos últimos no sólo suscitan choques y temores, sino también transformaciones productivas no siempre controlables por la perspectiva de despertares colosales (como en China, por ejemplo) que amenazan con desbordar al mundo más avanzado como consumidores y no sólo productores. Por todas estas razones y más. Pero es la tecnología la que intenta conseguir lo que el dominio en sentido estricto, como coeficiente económico-político, sólo puede soñar.

Los nuevos horizontes de la tecnología no serán sólo los de perfeccionar las tres categorías que tenemos delante, televisión, teléfono móvil y ordenador. Sin duda se desarrollarán otras para coordinar mejor el aplanamiento cultural general, la uniformización de la forma de ver las cosas, la integración del pensamiento colectivo ahora reducido al mínimo. Y entonces se acabará el juego y sólo podremos revolcarnos en nuestro fango.

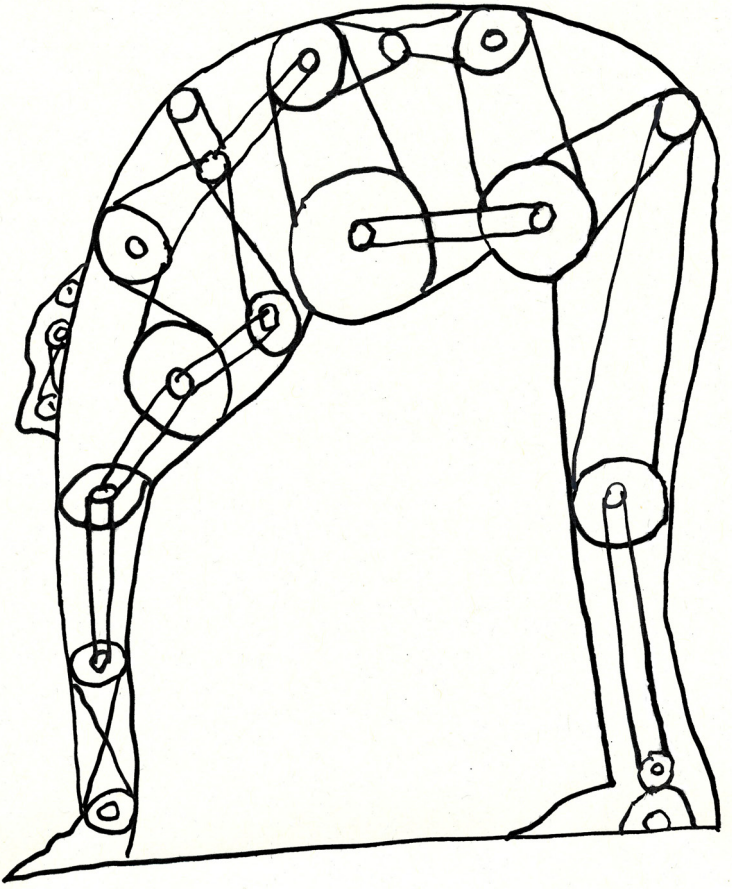
A menos que primero...

...primero sucede algo. ¿Por qué estaríamos escribiendo estas notas si la creencia en ese algo que puede suceder no se apoderara de nuestro corazón? Sin embargo, no podemos evitar la duda, o más bien la angustia. Poco a poco se cuela en nuestros sueños, amenazando con destrozarlos. Estamos convencidos de que las pa-

labras no son suficientes, eso es evidente incluso para nosotros, asiduos frecuentadores de las mismas (pero no sólo, a decir verdad). No es una cuestión de angustia por la ineficacia de las palabras, son lo que son, llegan donde pueden llegar si están bien dirigidas, pero no más allá. La verdadera duda se refiere a nosotros mismos, los interlocutores privilegiados a los que dirigimos este mensaje, ya no simplemente en un frasco, sino más bien en un cartucho de dinamita. El estallido podría despertar las conciencias dormidas. ¿Pero no se destruiría también el papel que conserva amorosamente las palabras? Por supuesto que sí. Que las palabras mueran de una vez por todas y que viva la acción.

De momento parece que todo está envuelto en el silencio mortal de la reflexión inmaculada, pero ¿quién sabe? Del capullo de una larva podría surgir de repente una garra de león.

No ladres, muerde.



Drogas

M. V. - Abril de 2017

Me gustan las drogas. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Por qué iba a renunciar a algo que me hace sentir bien, que puede alterar mi estado de conciencia a varios niveles mientras me abandono a una sensación de bienestar psicológico y físico? Al fin y al cabo, es fácil sentirse débil e impotente una vez que nos damos cuenta de que no vivimos en el mejor de los mundos, sino en un entorno en el que continuamente estamos absorbiendo los condicionamientos de nuestros gustos, sentimientos, opiniones e impulsos, e incluso estamos llamados a contribuir a su constante redefinición de un modo u otro.

En un mundo de masacres y matanzas en el que luchamos contra todos los roles, incluidos los que continuamente adoptamos nosotros mismos, una vez que nos damos cuenta de que intentar atacar no nos llevará a la victoria, no es extraño que entre una actividad militante y otra, una discusión y otra, busquemos refugio en un estado alterado de conciencia en el que crear una ilusión de lucha y ataque. En mi estado alterado me

siento realizado, la necesidad de profundizar, de llegar hasta el final, ha desaparecido. Encontrar ese consuelo me ayuda a soportar este mundo, a vivir mi vida. Y si mientras disfruto de este estado alterado de conciencia me encuentro en compañía de otras personas con las que normalmente intercambio ríos de palabras sobre el uso del fuego y contra todas las reglas, el resultado es aún mejor y más aceptable.

Como en todas partes, las drogas se están extendiendo rápidamente en las llamadas relaciones sociales entre camaradas. Aunque conocemos bien los efectos de ciertas sustancias en las interacciones entre individuos (disminución de las inhibiciones, jovialidad, retraimiento de la realidad, etc.), convirtiéndolos en sujetos pasivos como tantos otros, su uso sigue siendo muy extendido.

Pero sería un error condenar a las drogas como el problema y no sólo como uno de los problemas. La sociedad ya estigmatiza a esta última como una de sus principales afecciones, la misma sociedad que se basa en la producción y el patrocinio de adicciones de todo tipo.

En todo caso, podría ser interesante tratar de preguntarse por qué uno necesita drogas. Pero no sólo. ¿Por qué necesitamos prótesis para vivir? De hecho, las drogas son sólo una de las muchas cosas que elegimos de vez en cuando como compañeras de vida.

Cualquier cosa que pueda alterar nuestro estado de ánimo, nuestra autopercepción y la de nuestro entorno,

ilusionándonos al encubrir las profundas inseguridades a las que no somos capaces de enfrentarnos y acaban por inmovilizarnos, puede definirse como una prótesis.

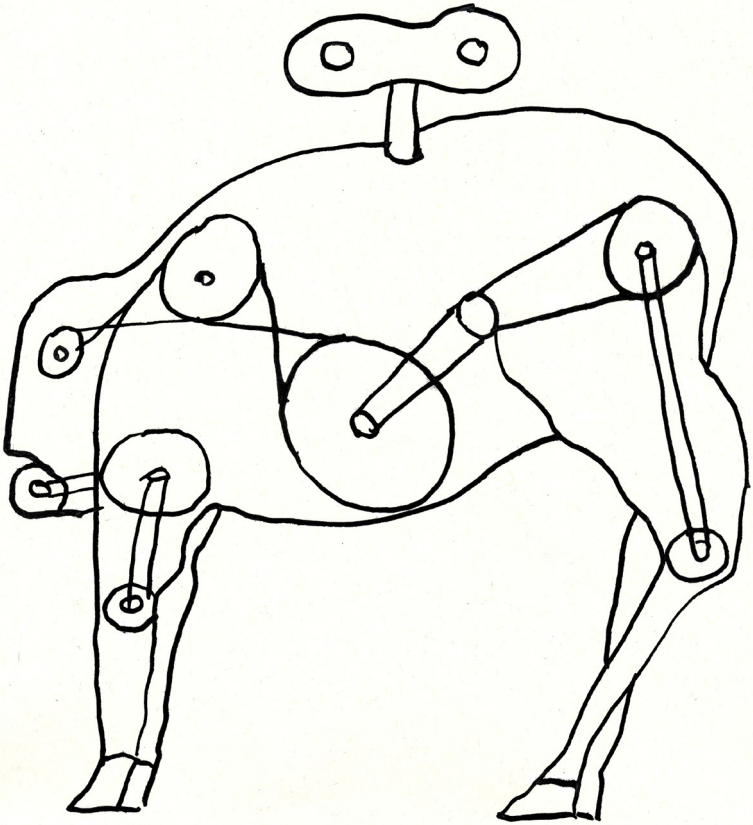
Solos o con amigos, escuchamos una música ensordecedora que nos llena el alma de consignas y palabras fuertes a ritmos incitantes. Aderezamos estos momentos con alcohol y drogas, carteles en las paredes, recogida de fondos para apoyar a los compañeros que han acabado en la cárcel, y nos entregamos a la excitación del sonido de los bajos y los tambores en estados mentales confusos llenos de imágenes violentas de actos de venganza, con sensaciones abrumadoras. Pasamos noches enteras así, noches en las que a menudo pensamos en salir a golpear, en salir a atacar. Porque lo que realmente queremos es destruir este mundo, verlo reducido a escombros, como solemos decir. Pero, entre una cosa y otra -comer, hacer ejercicio, juegos, vídeos, cómics, música o trabajo-, si nuestra mente está tan ocupada durante el día que no queda espacio para la reflexión, la discusión, la investigación, la obtención de medios, la adquisición de conocimientos, el estudio, las comprobaciones, ¿qué podremos hacer por la noche? Así que, al sentir la necesidad de escapar de la atmósfera asfixiante de la vida cotidiana, acabamos volviendo a caer en otras alteraciones sensoriales no menos asfixiantes. Nos quedamos atascados, incapaces de ir más allá de la frontera entre lo que queremos y lo que simplemente imaginamos que queremos.

Al igual que los días, las noches transcurren bajo te-

cho, dentro de lugares más o menos desordenados donde el tiempo se marca con un fondo de notas discordantes, siguiendo el último look, pinchando diseños en la piel, jugando con artilugios, gritando palabras feroces, corriendo a la última emergencia, escupiendo juicios sobre éste, sobre aquél, todo ello reforzado por los mil refugios donde el ego mutilado encuentra sustento para compensar sus carencias.

Repetir una canción que nos exhorta a rebelarnos no nos dirá cómo actuar. Tatuar un arma sobre el corazón no nos enfrentará a un enemigo de carne y hueso al que herir o matar, ni nos enseñará cómo sostener y utilizar esa arma. Llenarse la boca de llamamientos a la solidaridad revolucionaria no sacará a los compañeros de la cárcel ni llevará automáticamente su proyecto adelante.

El anarquismo no puede verse como una misión, un estilo de vida o una subcultura, sino como una tensión que desencadena una revuelta dentro de uno mismo, una transformación constante que, al estallar, pretende arrasar con todo. Alrededor y dentro de nosotros. Al rodearnos de prótesis, alteraciones, muletas, nos lastramos. Nos ponemos más cadenas.



Letanías

Alfredo M. Bonanno - Abril 2017

Todas las religiones tienen listas de palabras, a menudo apenas comprensibles, que los fieles repiten hasta la saciedad para implorar la liberación de su dios. Estas listas son elaboradas y perfeccionadas por profesionales que estudian la mejor manera de embotar el cerebro de su rebaño.

Los objetivos de estas repeticiones varían y, por supuesto, no tienen nada que ver con el dios al que se dirigen, que, al no existir en ninguna forma conocida, le importa un bledo tanto aliento desperdiciado. El primer objetivo es dejar que la mente de los devotos afloje su percepción del entorno, dándoles el beneficio de una especie de éxtasis barato que relaja los nervios y les ayuda a soportar la opresión, sea cual sea su forma. El segundo es estimular un sentimiento colectivo cuando hay más de una persona presente, ya que estas letanías casi nunca son recitadas por un solo devoto, aunque esto no debe excluirse en absoluto. El tercer objetivo es establecer un contacto con lo divino, pero dado que, como ya se ha dicho, éste no existe, el contacto se reduce al acto de repetir obsesivamente las mismas palabras

una y otra vez.

Todo esto, junto con otros objetivos que no puedo recordar ahora, pero en los que podría profundizar el lector benevolente, es dejar que el sonido de las palabras prevalezca sobre su significado real. Al fin y al cabo, lo que se oye es la entonación de la letanía, no el concepto transmitido, que obviamente sólo existe como intensificación del absurdo. Como cualquier otra música destinada a adormecer a la gente, debe ser repetitiva, monótona, predecible y reconfortante para permitir que los pensamientos y las percepciones de las cosas vuelen bajo hasta que se desvanezcan y finalmente desaparezcan. Por extraño que parezca, la unificación y la modulación repetitiva de la letanía producen efectos de adormecimiento mucho más fácilmente de lo que uno podría imaginar. Los practicantes de cualquier religión, es decir, los funcionarios del dios al que se reza, lo saben muy bien y lo aprovechan de una u otra manera, para preparar la atención (por así decirlo) de los creyentes para el discurso que quieren encauzar a su manera. Ya se trate de una predicación o de un sermón, de una llamada a la fe o de feroces amenazas, da igual, hay que captar los oídos del oyente y aturdir su cerebro antes de que aparezcan las nuevas palabras, a menudo violentamente en contraste con el canto anterior.

Pero por qué se habla de letanías en una revista anarquista, cabe preguntarse.

Te lo explicaré enseguida.

Los compañeros anarquistas no recitan letanías juntos, al menos no todavía, pero algunos de ellos elaboran listas, que se buscan con devoción, se leen, se solicitan, se identifican, se discuten; se aplauden y se utilizan como herramientas para promover la autosatisfacción de los anarquistas. Por tanto, no son letanías sino listas.

Pero, ¿listas de qué?

Listas de atentados que ya se han llevado a cabo o que podrían llevarse a cabo en el futuro. Y esto es sólo en el mejor de los casos.

Incluso quien escribe estas líneas, presuntuoso como un Cerbero fruncido de tres cabezas, cometió este pecado desde mediados de los años setenta al elaborar la Crónica Proletaria, una lista de todos los ataques a las manifestaciones del poder en la revista bimestral Anarquismo. Junto con los dos compañeros con los que inicié la empresa (nota para el lector y también para mi corazón herido: en realidad mis compañeros no eran dos sino sólo uno, Tito Pulsinelli[4], ya que el otro, Vito

4 Tito Pulsinelli nació en Palena, provincia de Chieti, en 1948 y se mudó a Milán con su familia a mediados de los años 50. Hasta sus ultimos dias se identifico como anarco-comunista. Junto con otros compañeros, fue encarcelado y juzgado con pruebas falsas por los atentados del 25 de abril de 1969 en el recinto ferial de Milán, que sirvieron como ensayo general para la estrategia de tensión que culminó en la masacre estatal de Piazza Fontana el 12 de diciembre de 1969. Las contribuciones y aportaciones

Messana, era un hombre de los servicios secretos bajo el nombre de agente "Meta", como descubrimos cuarenta años después), pensamos que esta lista podría ser útil para difundir tanto la acción como el modelo empleado en la operación, etc. Esto podía tener sentido en un momento en el que había tantos compañeros dispuestos a actuar, tantas cosas que se hacían, tanta confusión y falta de claridad. Lo cual no es una excusa, sólo quiero decir que hoy no haría lo mismo.

Explicar el porqué no es fácil, pero es lo que intento hacer.

En la actualidad, una lista de atentados que se están llevando a cabo sólo puede ser aparentemente un impulso para actuar. Sí, puede llenar el vacío dejado por nuestra conciencia demolida y afligida. Pues bien, alguien podría decir (en realidad, muchos, como puedo ver cuando me muevo), en el fin del mundo, no importa dónde, alguien está actuando contra el poder atacándolo en sus intereses, sus estructuras, sus componentes tecnológicos y todo lo demás. Ya llegará mi turno, claro que sí, dice el pequeño camarada, atrincherado en sus

---

de Tito en el ámbito editorial fueron numerosas: desde la fundación de la revista "Insurrezione" (1977-80) hasta la sugerencia de publicar "Grandezza e decadenza dei seguaci dell'amianto" de Michele Duval, pasando por los artículos sobre el volcán social publicados junto con Albertani en "Contrainformación". A finales de los años 70, abandonó Italia para establecerse en México y luego en Venezuela, desde donde fue corresponsal de varios sitios web. Luego de regresar a Milán en 2020 para tratarse una grave enfermedad hepática, el 1 de marzo, a los 74 años, fallecio. [N.E.]

eternas dudas como perpetuo preparador de la próxima acción en un futuro próximo, siempre aún en ciernes. De momento me basta con saber lo que se hace, en todas partes, incluso en el fin del mundo, no importa. No me importan las diferencias de fondo, el hecho de que las condiciones sean radicalmente diferentes de un lugar a otro, me basta con que avancemos con la cabeza gacha. Basta con leer esta larga lista, me anima y me hace sentir orgulloso de ser anarquista.

El mismo tipo de reflexión amarga podría hacerse con respecto a otro tipo de lista, una que especifique todas las acciones de ataque posibles: quemar una comisaría, serrar una torre de alta tensión, tirar de la barba a un policía, etc.

¿Por qué he escrito "en el mejor de los casos"? Porque a veces entre las acciones de ataque estas listas también incluyen tristes manifestaciones de disidencia llamadas presidi [sentadas], una horrible palabra de origen militar que los anarquistas, junto con muchos de los que toman prestadas las palabras de otros, utilizan sin darse cuenta. Digamos, un presidio en toda regla con una sábana gigante con las palabras "destruyamos las cárceles" He discutido el significado de tales iniciativas en otro lugar, aquí sólo quiero repetir que la cárcel es una institución total, que para existir requiere conexiones estructurales y económicas repartidas por todo el territorio. ¿Estamos seguros de conocer estas conexiones, sabemos quiénes son los proveedores contratados, qué centrales

eléctricas proporcionan la energía, dónde se encuentran los depósitos de agua y todo lo demás? ¿O sólo somos capaces de escribir "destruyamos las cárceles", que sería lo mismo que decir "destruyamos la sociedad", ya que la sociedad tal y como es hoy no puede existir sin las cárceles? ¿Realmente pensamos que podemos sugerir el lema "destruyamos la sociedad" a los pobres desgraciados que se encuentran entre rejas, ya que eso es lo que les estamos diciendo? En tales condiciones, ¿no sería mejor quedarse en casa y leer nuestros manuales para convertirse en el perfecto anarquista? Algo similar, si no lo mismo, podría decirse de otros acontecimientos.

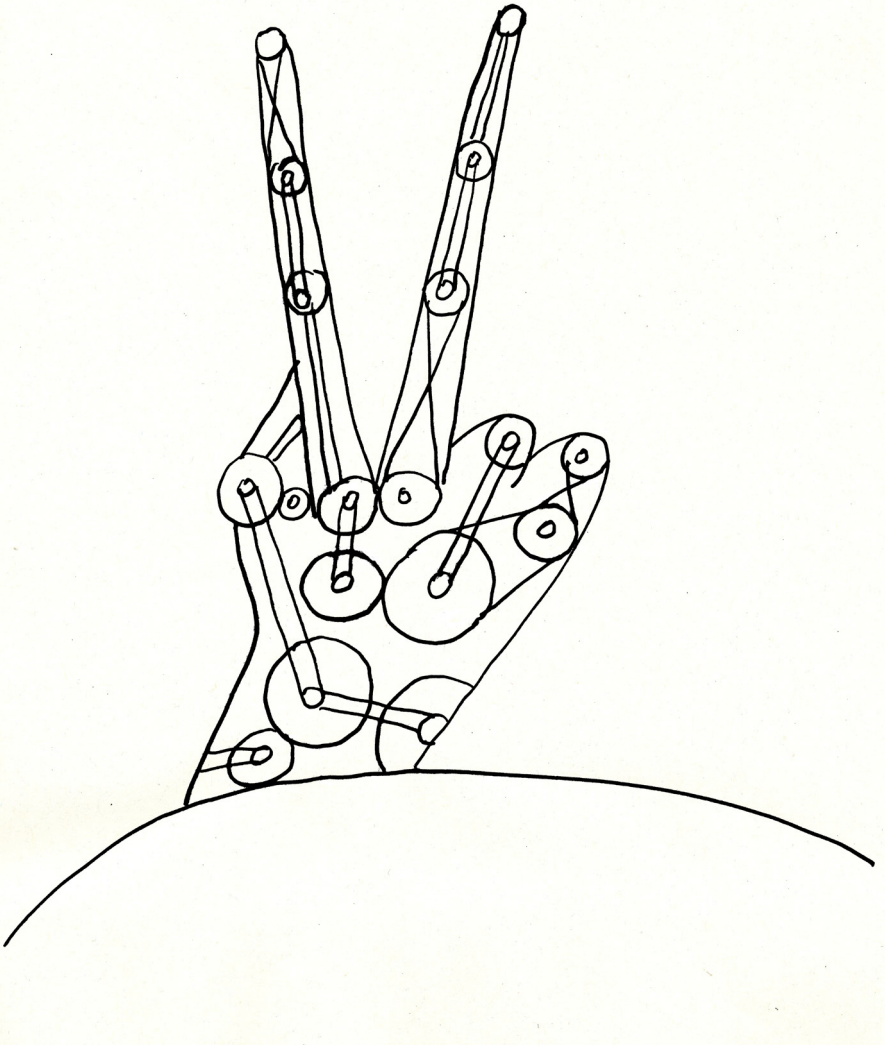
Tal vez hubiera sido mejor elaborar otro tipo de lista, una que contuviera las herramientas necesarias para una acción planificada, con todo lujo de detalles para evitar sorpresas desagradables o bloqueos repentinos por falta del mechero para encender la mecha... Incluyendo los mapas necesarios para llegar al objetivo, la distancia a los puntos de represión más cercanos, el horario, las posibles vías de escape, el número de participantes necesarios, una discusión exhaustiva sobre el ¬significado de la acción, una decisión sobre quién debe tomar el mando ¬y dar las órdenes oportunas en caso de que las cosas no salgan como están previstas (sí, hablo de "mando" y "órdenes" y confirmo que soy anarquista y repito que odio a los charlatanes), y todo lo demás.

Sería una buena lista para elaborar y que yo leería con interés, pero nunca publicaría una así en ninguno de

nuestros periódicos, revistas y demás, porque sólo concierne a los compañeros que han decidido -después de encontrarse y elegirse sobre la base de afinidades recíprocas- llevar a cabo una acción precisa de ataque.

Si queremos ensuciar nuestras páginas con temas técnicos, pues hagámoslo profundizando en alguna acción que, por su complejidad, consideremos que merece ser profundizada, y publiquemos la experiencia de los compañeros que han vivido (atención a esta palabra) tal acción, no sólo han oído hablar de ella leyendo listas. Por ejemplo, en Italia, entre finales de 1977 y 1989 se cortaron 1200 torres de alta tensión. Algunas de estas acciones acabaron en estas benditas listas. Pero, ¿realmente creen que eso fue lo que desencadenó la proliferación de este tipo de acciones, con las que no sólo estoy de acuerdo sino que creo que son buenas para la salud, tratándose de paseos nocturnos por el campo? En su momento la citada revista publicó un artículo en el que se examinaba un método (entre los muchos que hay), explicando cómo se puede cortar un pilón sin hacer ruido y sin ningún equipo técnico especializado, serrando alegremente. Fui juzgado y condenado por ese artículo, pero ese no es el punto. Creo, a la vista de algunos reportajes de los periódicos locales de la época, que ese esfuerzo de la pluma no había sido en vano. Pero, por supuesto, no fue una inspiración repentina fruto de una lista.

Dejemos las letanías para los sacerdotes de todo tipo.



Las largas sombras sobre el muro

Alfredo M. Bonanno - Marzo 2017

El "diferente" siempre ha metido miedo en los sueños de los santurrones, coloreando su drama más íntimo con el más insoportable sinsentido. Merodea por la noche, de piel negra o color ámbar, con ojos almendrados o nariz chata, no importa, siempre es él, portador de contraste e inquietud. Ahora está a punto de despojarnos de nuestra felicidad, aunque sea modesta y duramente ganada. No la tiene y no puede entenderla. En el mejor de los casos, en su desesperación puede contentarse con unas migajas de nuestra mesa y, en definitiva, debería agradecer tal magnanimidad.

Aunque siempre nos quejamos, en realidad estamos orgullosos de nuestro estado, revolcándonos en nuestros comederos con el fervor de los cerdos, soñando con cómo conseguir más de lo que ya tenemos. Estamos tan empeñados en defender nuestra miserable vida que ni siquiera vemos que cada vez estamos más pálidos y asustados. No sólo los que están al borde de la pobreza

tienen miedo de precipitarse como piedras en el abismo de la indigencia total, los llamados ricos también tienen miedo, pero a otro nivel. Los ricos se preguntan cómo pueden defender su bienestar, y en este pensamiento retorcido no hay lugar para hacer realmente nada por los "diferentes". Cuando se sienten indignados por tantas muertes en el mar en intentos desesperados por desembarcar en las costas marcadas por el bienestar (si se puede llamar así), aplacan sus almas perturbadas por la muerte de tantos niños financiando en parte -en pequeña parte, dado que el gasto gubernamental suele beneficiar más a los que menos impuestos pagan proporcionalmente- la apertura de campos de concentración, clínicas gratuitas a cargo del ejército, residencias a las que nadie quiere ir porque se necesitan papeles, refectorios que sirven comidas a pobres desgraciados, dirigidos por pálidos fantasmas llenos de esperanzas y sueños rotos.

Estas contradicciones proliferan en Europa y sobreviven mediante el recurso a mil expedientes legales: expulsiones, cárceles reales y al aire libre, dádivas ¬estatales y religiosas, trabajos esporádicos mal pagados, regimentación mafiosa, feroces maestros pandilleros y todo lo demás. Todo lo necesario para mantener a raya el miedo al "diferente".

Por el momento nos referimos a las personas compasivas y santurronas que creen en la humanidad básica de los que tienen delante, mirándoles con los ojos bien

abiertos por el miedo y la incertidumbre. Y como son buenas personas se ponen a trabajar (de buena fe por el momento), porque esos ojos siguen observando el mundo desde arriba y no desde abajo, es decir, desde las raíces de la hierba que a menudo les sirve de lecho. ¿Y los otros? ¿Los llamados realistas que ven las cosas a través de sus dogmas reaccionarios, fanáticos de aberrantes teorías idiotas que se remontan al viejo positivismo donde todo se medía, desde la punta de la nariz hasta la forma de los pies, diciéndonos cómo educar nuestros sentimientos y mantener a distancia a quienes apestan de manera tan diferente a como nosotros apestamos? Estos no se limitan a poner vallas o carteles más o menos coloreados, no sólo intentan mantener a los diferentes a una distancia segura, sino que quieren mantenerlos fuera del todo construyendo muros.

Sin embargo, los pobres desgraciados que actualmente llegan a nuestras costas en numerosos grupos, pero no tantos en realidad, o a nuestras fronteras en docenas, cientos, a veces miles, huyendo de la guerra, del hambre, de la invasión de su país o de la horrenda represión de dictaduras inimaginables, deberían mover a la compasión. Deberían derretir los corazones de piedra, incluso, me atrevo a decir pero no estoy convencido, los endurecidos por las perversas ideologías de los racistas y compañía que hoy vagan disfrazados por todo el mundo, pero no es así. El miedo domina todos estos sentimientos, convirtiéndolos en una perversa necesi-

dad de aferrarse a lo que se tiene.

Detrás de la mezquina caridad hipócrita que vemos hoy en día, y detrás de las obscenas maldiciones y abusos retóricos de quienes quieren arrojarlos a todos al mar, hay miedo, simplemente miedo.

Echemos un vistazo a este sentimiento generalizado tan denostado.

Sentir miedo es un sentimiento humano común a todos nosotros. Es imposible establecer una distinción tajante entre ser valiente y tener miedo. Todos conocemos el miedo y todos podemos recurrir a un vestigio de valor para enfrentarnos a situaciones peligrosas en un momento dado. No hay que avergonzarse de ello. Admitir que tenemos miedo y reconocer que eso nos impide actuar según lo que consideramos moralmente correcto de acuerdo con nuestra condición de seres humanos, es el primer paso para encontrar el valor para la acción. Personalmente no me fío de los fanfarrones, de los jactanciosos, porque con demasiada frecuencia he visto a algunos de los más ruidosos retroceder ante las primeras señales de peligro.

Sentimos miedo ante situaciones peligrosas porque nos perjudican a nosotros y a nuestros seres queridos, dañan nuestras pertenencias y, en casos extremos, pueden llevarnos a la muerte. Esa es la raíz del miedo. Y, de hecho, a veces es correcto sentir miedo. Pero, ¿quién puede decirnos cuándo debemos sentirlo? ¿Cómo sabe-

mos cuándo estamos en peligro? ¿Cómo podemos evaluar determinadas situaciones? ¿Cómo podemos descubrir la perversa fuente ideológica de nuestro miedo en situaciones que no son en absoluto peligrosas?

Y, del mismo modo, ¿cómo identificamos el origen del engaño que nos desarma cuando realmente deberíamos enfrentarnos a una situación aterradora?

Ahora bien, una cosa segura es que todo lo que nos parece diferente a primera vista nos hace sentir incómodos. Estamos acostumbrados a ver las personas y las cosas, las relaciones y los idiomas, los símbolos y los colores, los contrastes de luz y oscuridad, según un código que llevamos dentro desde el nacimiento hasta la muerte. El prurito que empuja a tantos idiotas a recorrer el mundo como turistas en la creencia de que están viendo algo emocionante -cuando lo que realmente ven se filtra a través de la pantalla protectora levantada por los organizadores del viaje, así como el equipaje que cada uno de estos exploradores de lo inexistente lleva consigo, las mismas camisas, los mismos calzoncillos y todo lo demás para no cortar todos los lazos con su propio mundo- se basa también, casi con toda seguridad, en el miedo. Pero no se trata de eso.

Sin embargo, podemos partir de este nivel básico, apenas un cosquilleo o un picor agradablemente apetecible, para ver cómo la sensación de miedo es extremadamente modulada y rica en variaciones. De repente, el

mismo exotismo que nos produce una agradable emoción en otro lugar aparece justo fuera de nuestra casa, se asoma por la ventana y se convierte en otra cosa. Vemos un rostro contraído por el dolor y el hambre, jadeando por un sorbo de agua o incluso algo más que las migajas que podríamos estar dispuestos a darle, haciendo un esfuerzo mental y recordando el Evangelio si somos creyentes. Pero lo que pide, no. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a hacer valer sus valores, su dignidad, su lenguaje incomprensible, su fe (¡por qué no!)? ¿Cómo puede presentarse y decir que él, con rasgos tan diferentes a los nuestros, que para nosotros, en nuestra bruta estupidez, representan el modelo más avanzado, el único aceptable, de civilización? ¿Qué importa si el rostro que vemos (o imaginamos que vemos) asomando al otro lado de nuestra ventana reforzada tiene rasgos chinos o indios, por lo que es portador de una civilización mucho más antigua que la nuestra, de una cultura mucho más articulada y con mayor fundamento filosófico? Nuestra atroz ignorancia nos protege y, al no saber nada de esas culturas y civilizaciones, sentimos una patética sensación de desasosiego.

Inquietud, para empezar. Porque si ese rostro apenas vislumbrado se materializa en un ser humano que pide algo, cuidado, algo que una vez le fue arrebatado, si no a él personalmente, a sus antepasados con mil brutales expedientes militares o comercialmente sofisticados, la inquietud se convierte en asombro. ¿Cómo se atreve a

esperar algo este hombre? Cómo se atreve a pedir, debería limitarse a tender una mano temblorosa de vergüenza esperando recibir lo que generosamente estamos dispuestos a darle. Entonces, el asombro da paso a la indignación y buscamos todas las defensas posibles. Nos atrincheramos tras nuestras murallas, las almenas de nuestros castillos en ruinas, los umbrales de nuestros tugurios, con todo el peso de la ley. Levantamos la armadura de la propiedad, que su insistencia no puede amenazar seriamente, pero sobre la que se proyecta una larga sombra, presagio de exigencias más acuciantes en el futuro.

Y detrás de las defensas que todos conocemos, que pusimos hace tiempo y alimentamos oportunamente, esas defensas uniformadas o los descamisados que flexionan visiblemente sus repugnantes músculos abyectos, detrás de esas obscenidades que ofenderían la sensibilidad de un tronco de árbol, nos ponemos a temblar. La indignación deja paso al miedo desnudo.

Por lo general, cuando se le deja solo, este sentimiento magnifica las sombras, alimenta la imaginación y convierte las ráfagas en tormentas. Con el pensamiento y el razonamiento críticos, la documentación y la disposición adecuada, se puede rastrear el miedo hasta su origen. Para ello, sin embargo, hay que tener un corazón robusto y las manos listas para golpear. Hay que luchar. Esa es la cuestión. Se puede vencer el miedo mediante la lucha contra quienes lo alimentan, contra toda la cháchara ideológica y la mistificación que pone en práctica

la visión política de las cosas. ¿Qué significa "visión política"? No nos referimos a la interpretación de la realidad que se hace encantadoramente por la derecha, la izquierda y el centro según el gusto, de todos modos son lo mismo. Nos referimos a cualquier interpretación de la realidad que pretenda dar prioridad a nuestros intereses personales. Si piensas por un momento descubrirás que no sólo los políticos "hacen política". Todos lo hacemos cuando nos volcamos dulcemente hacia dentro como todos aquellos que cultivan los llamados intereses comunes, que resultan ser los del pequeño grupo o clan o propietarios de los bienes concretos que dicen representar. Si, por miedo, nos encerramos en nosotros mismos, en nuestro mundo privado, tomándolo como la única frontera a defender a toda costa, si izamos la bandera de la cháchara ideológica -sea de derechas o de izquierdas, revolucionaria o reaccionaria- en lo alto de este muro, somos precisamente nosotros los que nos estamos convirtiendo en los verdaderos "políticos". En realidad, en este caso seríamos los peores y más feroces del mercado. De esta lista, señoras y señores, los anarquistas no están en absoluto excluidos. Al contrario.

Y aquí estamos en las gradas, armados hasta los dientes, defendiendo nuestra ciega estupidez. Y esta defensa tendrá a todo el mundo, o a casi todo el mundo, de nuestro lado, aparte de algunos ruiseñores de Florencia y algunos pálidos veteranos de batallas radicales, o quizás algún anarquista pospacifista releyendo a Tolstoi,

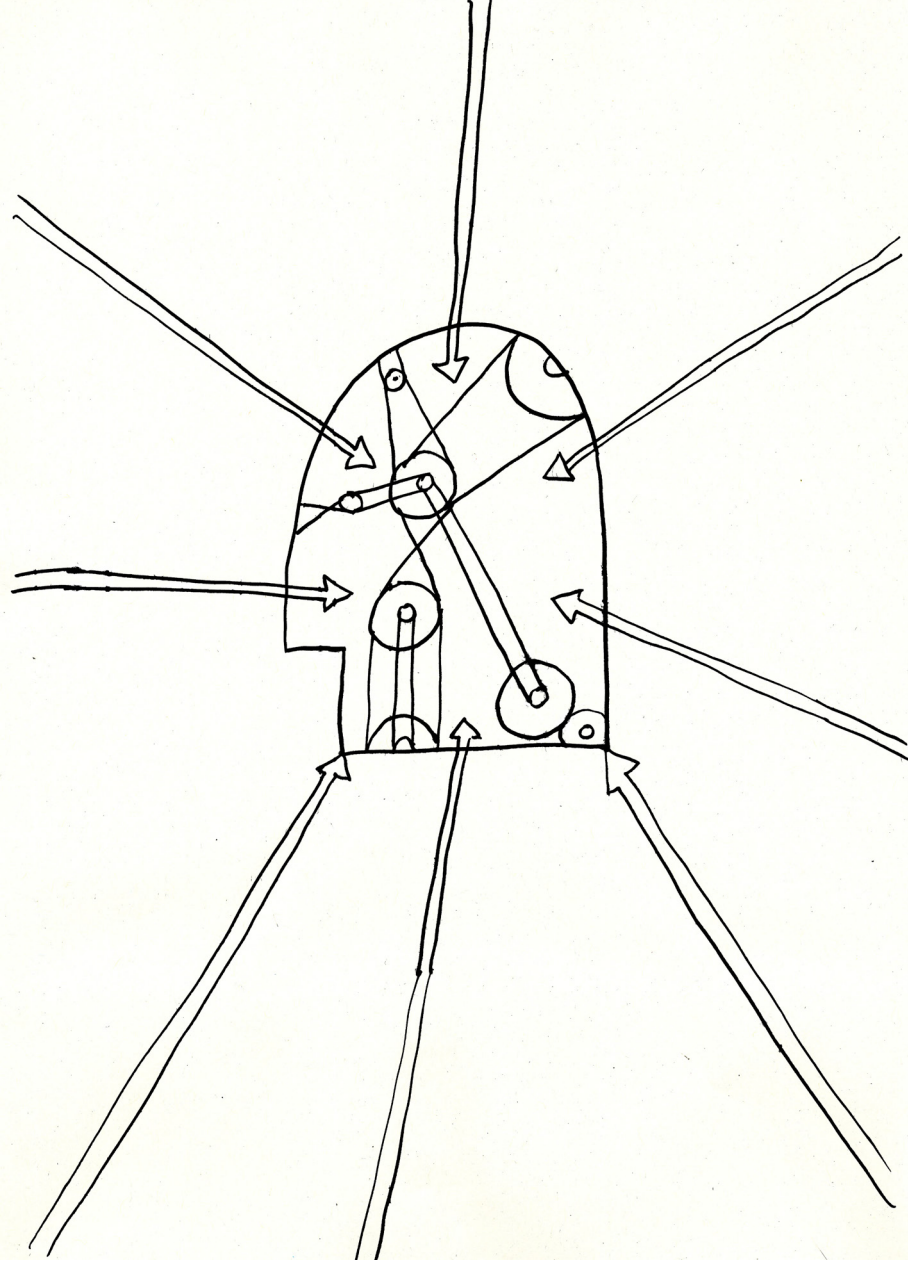
dado que por el momento (por así decirlo) no se habla de acción. Y tendremos una buena apuesta porque frente a nosotros habrá unas cuantas decenas de miles de ancianos, mujeres, niños y jóvenes agotados de luchar. Tendremos, es decir, los restos de una humanidad en fuga desangrada por las guerras, los genocidios, las persecuciones, los bombardeos, los incendios, las masacres y violaciones sistemáticas casa por casa, todo lo obsceno y horrible que el hombre ha inventado desde que bajó del árbol. Todos seremos felices después de haber tomado a esta humanidad asustada por el sufrimiento y haberla encasillado en nuestros patrones de juicio, capturado y encarcelado, distorsionado y convertido en europeos de segunda clase.

Pero no podemos pensar seriamente que dormiremos en paz gracias a una solución tan rápida. Lo que tenemos ahora ante nosotros, que los alarmistas llaman "invasión", no es más que una ínfima parte de lo que podría aparecer a las puertas de nuestros castillos ultrafortificados. Reflexionemos por un momento sobre la nada improbable eventualidad de que se acerque un ejército, no de decenas de miles, sino de millones. Por desgracia, la adición de uno o dos ceros a las cifras que leemos continuamente en los periódicos no deja las cosas como están. Nuestra estructura social, entendiendo con esta fórmula aproximada el conjunto de la Europa actualmente afectada por la presión de los migrantes, no podría soportar el impacto de la llegada de millones

de personas. Un colapso no requiere la llegada de decenas de millones, cuatro o cinco millones serían suficientes. En ese caso ya no se trataría de construir muros o de votar leyes más o menos permisivas o liberticidas. Sería el colapso de un concepto social que no puede tolerar la eventualidad de masacrar a dos o tres millones de personas en nuestras costas para aceptar a un par de millones de ellas. No estamos preparados para tal eventualidad.

Nadie puede predecir lo que habrá que hacer. ¿Qué harán los revolucionarios con la boca llena de palabras dedicadas a pequeños pinchazos en el cuerpo de la ballena gobernante cuando estos precursores de la humanidad lleguen a las puertas, las puertas de nuestra llamada civilización, y se dispongan a destruirla? ¿Contribuirán a la más que bienvenida destrucción? ¿Harán todo lo posible para impedir la reconstitución de un nuevo poder con el signo cambiado y alguna extraña bandera de colores sobre las ruinas del magnífico templo de la ahora caída cristiandad?

¿Quién puede decirlo?



Ver
6 de abril de 2017

Ver es un sistema complejo en el que intervienen los ojos. Todo el mundo ve, salvo los ciegos que intentan suplir su falta de visión con los demás sentidos. Pero no son sólo los ojos los que intervienen en el mecanismo de la visión. En primer lugar está el cerebro. Sin entrar en todos los detalles fisiológicos, es precisamente el cerebro el que pone en marcha la memoria, los sentimientos, las capacidades intuitivas, constructivas y deductivas, la conceptualización que nos permite nuestro bagaje cultural y sabe Dios cuántos otros sistemas complejos que hemos omitido simplemente por ignorancia. Sin embargo, esto debería ser suficiente para lo que queremos decir.

La visión que nos sugieren nuestros ojos evoca una imagen compleja que tiende a volverse más detallada con el tiempo, no por "ver mejor" sino por recordar, intuir, deducir, comprender, deconstruir la confusa imagen inicial en conceptos simples que poco a poco se vuelven más complejos. Este asombroso mecanismo está en la base de nuestra existencia y permite las re-

laciones sociales tal y como creemos conocerlas. Todo nuestro anhelo de cambio, de mejorar las cosas como se dice, hasta la transformación del mundo que tanto deseamos, transformación radical si es que la hay, se ve a través de la visión que activamos desde que abrimos los ojos por la mañana hasta que los cerramos por la noche. Pero esta visión no es siempre la misma, no es la misma para nosotros a lo largo del tiempo y no es la misma para todos.

Modificándose constantemente, nos permite evaluar los niveles de nuestra conciencia cultural y su relación con lo que queremos conseguir, con nuestros pensamientos, sueños, impulsos, decepciones, amarguras, desánimos, en definitiva, con nuestra vida. Cuanto más amplio sea nuestro nivel cultural -no sólo nuestro conocimiento, sino también nuestra capacidad para establecer conexiones lógicas entre los aspectos de la misma y sacar conclusiones para poder hacer lo que queremos-, más estimula nuestra visión la memoria y todas nuestras demás facultades. En resumen, cuanto más sabemos, más deseamos.

A partir de la visión, esta relación pone en marcha la voluntad que busca dominar su entorno, no siempre de forma coordinada. A menudo se utiliza para el propio beneficio exclusivo o el del grupo de élite al que se pertenece. Así que hay explotadores y mecanismos de explotación, y de vez en cuando individuos individuales que pueden luchar para destruir la explotación y los

abusos de poder, pero esa es otra historia. Dejando de lado a los pocos explotadores de los que se sirve el poder para mejorar su funcionamiento, quedan todos los demás, los miles de millones de mujeres y hombres que por término medio utilizan sus ojos para ver, así como para pensar, actuar y todo lo demás. Esta es una fuente de gran preocupación para el poder.

Es imposible uniformar las pulsiones que rigen las decisiones humanas de forma indirecta, pero sí se puede hacer algo actuando sobre la visión. Esta es la conclusión a la que parecen haber llegado algunos de los técnicos que estudian la psicología del comportamiento. Digamos algo sobre estos estudios. Las viejas teorías conductistas (por ejemplo, las de los años cincuenta) han llegado a su fin. Ahora se estudia el comportamiento desde un punto de vista global intentando ampliar el modelo, llevándolo a cotas aparentemente inalcanzables (que de hecho lo son, pero no importa porque es sólo un modelo), para luego proponer en la práctica, a través de las múltiples oportunidades diarias, realizaciones más adecuadas que apenas se parecen al modelo original. Esto sucede en la evolución y desarrollo de la moda y las preferencias sexuales, así como las gastronómicas, culturales, deportivas, etc., actuando sobre la visión. Así que actuando en la base los proyectos económicos de los capitales únicos, en la medida en que su eterna conflictividad competitiva lo permite, están tratando de canalizar las elecciones productivas a partir de la investigación conductista en psicología.

Esto, al menos de momento, es insuficiente, la respuesta no ha alcanzado los niveles de uniformidad necesarios. La visión es todavía demasiado variada, demasiado incontrolable, hay que conseguir que todo el mundo empiece a ver lo mismo, o al menos algo parecido, lo antes posible. Los caminos que se sugieren son los que están colonizando nuestras mentes de forma masiva hoy en día: la televisión, los teléfonos móviles, los ordenadores y los programas relacionados. Creo que todos somos conscientes de que el mundo está ahora poblado por millones de zombis con teléfonos móviles que les mantienen constantemente en contacto con sus compañeros zombis, en la ilusión cuidadosamente construida y fomentada de que tienen el mundo en sus manos. Si a esto le añadimos la música de acompañamiento, por el momento se produce un cortocircuito parcial, suficiente para predecir muchos pasos futuros en la espiral descendente del control de la visión, los cerebros y los corazones. Sin embargo, este es un tema que merece ser discutido en otro lugar.

Se han construido robots capaces de aprender secuencias gestuales rudimentarias y establecer conexiones lingüísticas, es decir, que pueden tomar decisiones. Sin embargo, para poner en marcha estos mecanismos es necesario rebajar el nivel del intelecto humano. Este concepto, que se intuía hace más de treinta años pero que no era operativo, se ha convertido ahora en uno de los principales objetivos que hay que alcanzar para que

los robots se desplieguen de forma masiva para sustituir a los humanos en la producción, aunque sólo sea en sus funciones más elementales. Las consecuencias siguen siendo difíciles de predecir: muchos se han esforzado por dar respuestas en los últimos años, que han sido sistemáticamente refutadas por la realidad.

Lo que más nos interesa aquí es la reducción de las capacidades cognitivas medias, indispensable para el despliegue general de las prótesis robóticas. Este aplanamiento es un proyecto a largo plazo que se inició hace casi medio siglo en respuesta a la presión ejercida desde abajo (véase mayo del 68 y los movimientos del 77) que, entre otras cosas, exigían cambios en la configuración de la escuela. Ante tal presión, que adoptó en algún momento formas violentas de protesta, el poder comenzó a reprogramar y actualizar los cursos de estudio aligerando su contenido, lo que acabó por vaciar desde dentro toda la enseñanza escolar. Unos años más tarde, ante los excesivos costes de una mano de obra garantizada por rígidos contratos sindicales y una producción basada en instalaciones fijas (como las cadenas de montaje), se decidió aplastar el frente sindical y transformar la producción, aprovechando el concepto de islas productivas y de flexibilidad. Liberados de los antiguos obstáculos, los requisitos culturales del sistema económico cambiaron radicalmente. Si antes se requería un gran número de personas con una educación media, ahora sólo se necesitan unas pocas personas con una educación muy alta, y

todas las demás se mantienen en un nivel extremadamente bajo, apenas alfabetizadas. La escuela se ha adaptado apresuradamente para satisfacer esta nueva demanda, incluso los niveles de educación superior se han reducido hasta el punto de que ahora se estima que un estudiante universitario estadounidense no necesita más de ciento ochenta palabras para completar sus estudios y obtener un título. Por lo demás, todo se expresa en una jerga que les permite sobrevivir mediante intercambios personales carentes de contenido real.

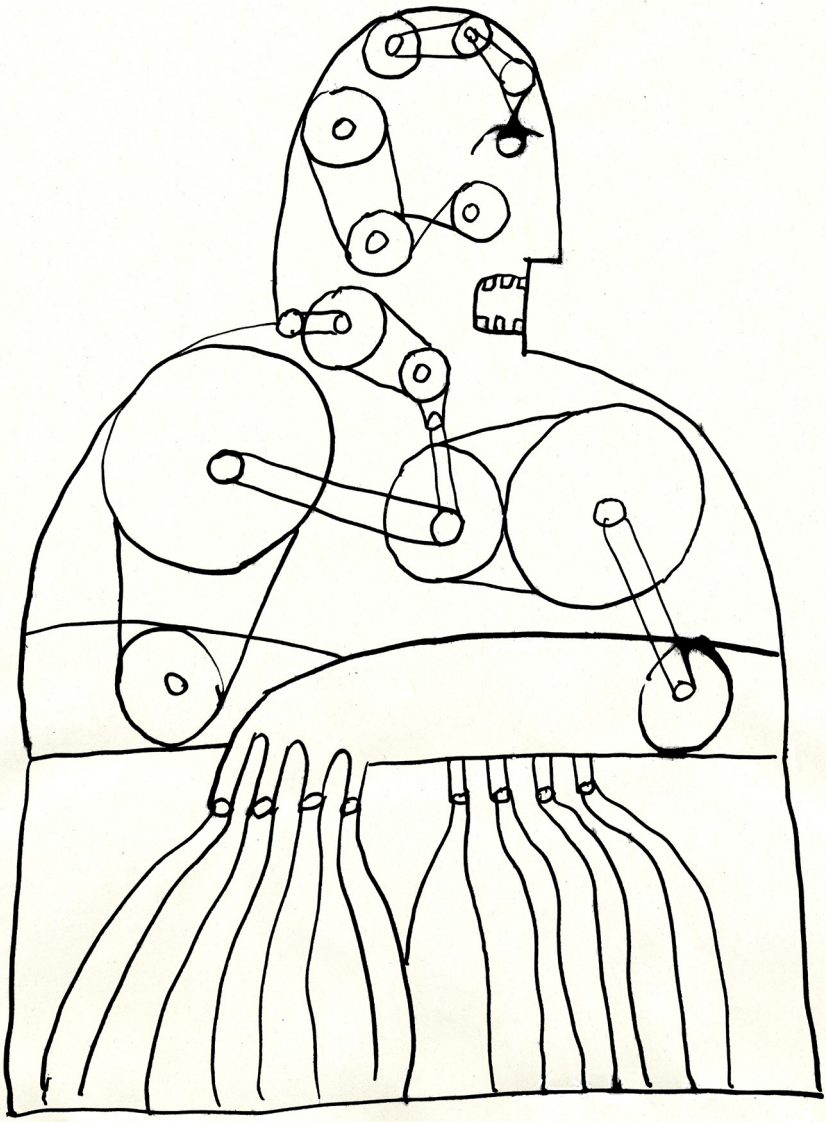
Ahora es posible poner al robot casi a la par del ser humano, sus capacidades de autoaprendizaje alcanzarán rápidamente el nivel de alfabetización de este último, lo que le permitirá desplegarse activamente en la producción. Ya existen robots profesores, médicos, ingenieros, abogados, etc., listos para ser utilizados, pero se mantienen prudentemente en espera por el momento. Sin embargo, este no es el objetivo final de la tecnología, es simplemente un ligero ajuste en las condiciones de producción, aunque con enormes consecuencias sociales y culturales. En pocas palabras, estamos ante un hipo que siempre se puede sofocar y mantener bajo control. La perspectiva más urgente es la de poner en marcha de forma óptima el aplanamiento ya realizado y comprobar constantemente que no degenere o, peor aún, vuelva al pasado, es decir, a las exigencias culturales más amplias, aunque expresadas con otras palabras.

Volvamos a la cuestión del ver. El aplanamiento debe

cristalizarse para uniformar la respuesta a las siempre nuevas solicitaciones de la realidad. Pero esto produciría necesariamente revueltas, en la medida en que, al permanecer visibles, los estímulos procedentes del exterior sugerirían respuestas demasiado variadas y no lo suficientemente uniformes como para ser aceptadas por una suave gestión posibilista del poder que utilice un nivel mínimo de control y represión. Como este es el objetivo de la tecnología, así que el de los capitales en sus diversas formas, por lo tanto del poder, deducible de lo que se desprende de las condiciones actuales, sólo queda por hacer una intervención final sobre la visión aplicando las herramientas mencionadas anteriormente, por otra parte ya ampliamente utilizadas.

Ahora la tecnología intenta uniformar nuestra visión, adecuándola a la petición de pacificación y a la aceptación del dominio que son precisamente los intereses del propio proceso tecnológico. No todos los capitales están de acuerdo. Este programa no ha sido establecido de una vez por todas, ni está siendo manejado por algún centro de poder oculto y es importante tener esto en cuenta, por lo que lo seguimos repitiendo. Muchas de las capitales están remando en dirección contraria sin darse cuenta.

Se trata de una hipótesis de trabajo para los anarquistas revolucionarios que quieren atacar, y no de una interpretación de la tecnología para el uso de los represores de hoy y del futuro. Empecemos de nuevo.



Cómo, cuándo y por qué, y si todavía tiene algún sentido

Alfredo M. Bonanno - Abril 2017

Si la tecnología sigue extendiendo sus alas, continuando en su embestida hasta el punto de desrealizar la totalidad de todo lo que existe, tenemos que hacernos algunas preguntas sobre la intensificación de nuestra intención no precisamente oculta, es decir, el ataque.

Si aún no lo hemos dejado claro, ahora es el momento de hacerlo. Nuestra intención, y de ahí estos análisis, no ha cambiado desde que tomamos conciencia del mundo que nos rodea: transformarlo radicalmente. Y la mejor y más eficaz manera de hacerlo es mediante su destrucción. Sin embargo, algo ha cambiado en lo que se nos plantea. Si antes surgía masiva e inequívocamente ante nuestros ojos y sólo podíamos dejar de reconocerlo como nuestro enemigo aceptándolo y apoyándolo, hoy la realidad en su conjunto tiene la endeblez fantasmal de un batir de alas, mientras continúa con sus masacres y su deshumanización. La brutal irrupción de las técnicas dirigidas por los distintos capitales se reviste de un velo de dolorosa desesperación poco común. Se arman unos contra otros, y la ausencia de las garantías clásicas

del pasado -democracia política, trabajo sindicalizado, bienestar, educación adecuada, niveles culturales aceptables- está conduciendo al aislamiento del ser humano. No hay un proyecto preciso de depauperación colectiva dirigido por los capitales únicos, no pueden ni sabrían hacerlo; podría ser provocado por la tecnología, pero a través de otros procedimientos y a otros niveles.

De hecho, este aislamiento ya existe y es visible en todas partes en las partes económicamente más avanzadas del mundo, que es donde se está llevando a cabo la pantomima de la mutilación recíproca de los capitales individuales. La producción en su conjunto ha sido relegada a un segundo plano, habiendo sido suplantada, o estando en proceso de serlo, por la técnica del desplazamiento rápido, con el doble resultado de romper cualquier solidaridad residual (ya no se puede hablar en términos de clase), y de explotar al máximo a las poblaciones lejanas a través de una externalización salvaje, antes también inédita.

La desrealización tecnológica, que acabará por cambiar profundamente las estructuras existentes, no puede preverse, ya que no será el resultado de decisiones previsibles, sino que surgirá del ensamblaje espontáneo de procesos capaces de causar efectos tan abrumadores sectorialmente como para reducir a cero cada montaje productivo. Así, el desenfreno de los capitales individuales en su búsqueda de beneficios se ve un poco frenado por la inanidad de las decisiones tomadas fuera de

lugar y principalmente fuera de tiempo, que si a los ojos del capital único miope pueden parecer una inversión ventajosa, pueden convertirse en una catástrofe absoluta en un corto espacio de tiempo.

Aquí aparece una posible indicación. Cada paso en falso de la única técnica podría ser una señal de debilidad, y cualquier teoría de ataque te dirá que golpees primero los puntos débiles del enemigo. La técnica no puede hacer nada con respecto a estos pasos en falso más que acelerar el proceso de desrealización, pero esta misma aceleración es en sí misma una indicación de ventaja para el ataque.

Podríamos ser nosotros los que no vemos, ya tan desrealizados como para perseguir sombras como corresponde a los zombis. Pero si aún no estamos muertos y podridos, tal vez podamos encontrar la fuerza y la indicación para la acción.

¿Cómo?

De la forma habitual. Organicemos según la afinidad. Pequeños ataques decididos a objetivos, incluso sencillos, pero que siguen siendo claramente visibles, es decir, que aún no se han hecho desaparecer. La lectura de estas páginas debe ser una pequeña indicación, una especie de manual de contralavado. No podemos saltar sobre nuestros grandes corceles para atacar ahora que el mundo entero está a punto de cubrirse de una ligereza etérea para engañarnos. Tampoco podemos justificarnos con

las viejas contradicciones y el tormento de los que "lo han visto todo" y sólo esperan el próximo delirio para declarar la derrota de una vez por todas. Atacar significa golpear, destruir, quemar, explotar, matar, desarraigar, borrar de la faz de la tierra, incluso la pequeña realidad, digo realidad, que logramos captar ahí delante. Existe y no necesita más que un ligero ajuste de nuestra mirada para ser vista. Allí. Si la era del ataque fácil ha terminado, el tiempo del ataque no lo es, de hecho el tiempo de la inteligencia, de la agudeza visual, de poner el corazón en lo que hacemos, de nuestros sueños y pasiones sin límites, está en el horizonte.

¿Cuándo?

En cualquier momento. Tenemos que inventar nuestros propios medios, no ir a buscar un montón de herramientas clamorosas que estén disponibles, que si alguna vez lo estuvieron, ya no lo están. Recuerdo aquellos artículos de bolsillo autoinflamables que derribaron las tiendas Standa de Berlusconi y las llevaron a la quiebra. Después de eso, el silencio. ¿Por qué parar?

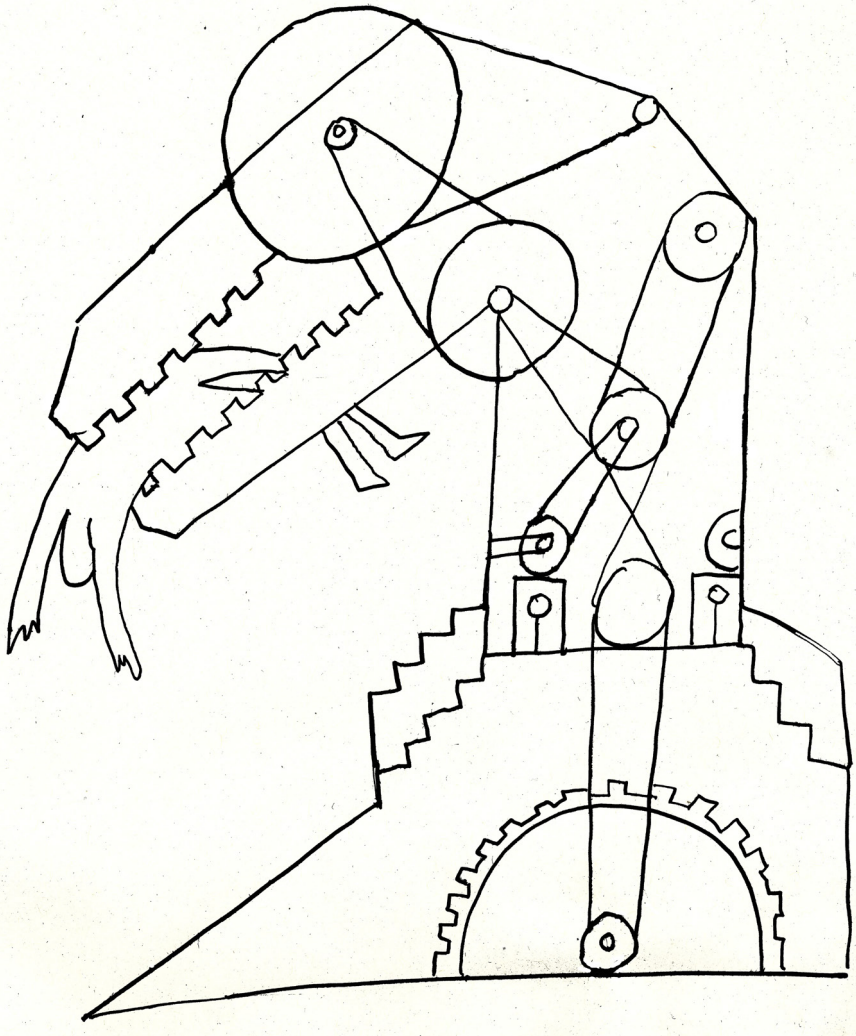
¿Estamos esperando algún nuevo invento pirotécnico? ¿Acaso este tipo de instrumento parece demasiado dócil para los peligrosísimos anarquistas destructores del mundo? Es la voluntad la que abre el camino a las seducciones de la existencia, a todo lo que somos capaces de urdir. Sin detenernos demasiado en la extraordinaria miseria que nos aflige en este momento, captemos el

elemento vital de la acción que la calidad puede darnos de repente, que mil pensamientos conflictivos nunca podrían perforar en nuestros corazones. Vayamos más allá de la realidad, ahora, el momento es siempre oportuno, antes de que estos procesos nos obliguen a aceptar cadenas que ninguna fuerza humana podrá romper.

¿Por qué?

Miremos a nuestro alrededor. ¿Queremos terminar nuestros días acurrucados frente al televisor? ¿Obtener un trabajo en alguna oficina de registro de un pequeño pueblo? ¿Enseñar el alfabeto a niños seniles antes de tiempo? ¿Adaptarnos a los mil oficios de la supervivencia? ¿Seguir leyendo a Bakunin y Kropotkin? ¿Seguir pontificando con otros compañeros, desintegrados como nosotros por la costumbre de no saber qué hacer, entre un porro y otro? ¿Seguir comparándonos con los retratos de nuestros abuelos?

Vamos, deshagámonos de toda esa mierda. Y, si es necesario, nosotros mismos con ella.



¿Y ahora?

Alfredo M. Boanno - Abril 2017

Y ahora que hemos declarado que la tecnología ha incorporado la economía, ¿cómo lo respaldamos? ¿Ahora que hemos dicho que la tecnología desrealiza la realidad, privándola de todo sentido constitutivo? Ahora que hemos planteado el concepto de distinguir entre tecnología y técnicas, en el sentido de que estas últimas constituyen la economía más o menos como la seguimos entendiendo hoy, mientras que las primeras se encaminan a vaciar el mundo de todo sentido? Dicho todo esto, ¿qué vamos a hacer?

Antes de pasar a sugerir indicios de lucha y todo lo que concierne a las técnicas únicas, deberíamos al menos poner sobre la mesa nuestras credenciales cognitivas. En una palabra, debemos aclarar cómo hemos llegado a estas conclusiones.

Para no forzar más la paciencia de nuestros escasos lectores, queremos que sepan que conocemos perfecta-

mente cómo funcionan los procesos cognitivos. Si señalamos un perro sabemos que es un perro porque poseemos la categoría cognitiva que hemos ido ampliando con pequeñas aportaciones constantes a lo largo de nuestra vida, creando lo que podríamos llamar un contenido nuclear que nos permite identificar al perro. Si nos encontramos con un perro que no encaja en nuestro tipo cognitivo y no puede ser identificado sólo con referencia al contenido nuclear, recurrimos al contenido molar, es decir, a la inmensa cantidad de material basado en la investigación sobre el perro, desde la literatura hasta la zoología, etc.

Una vez mostradas nuestras credenciales, debemos decir de entrada que al presentar el proceso desrealizador de la realidad técnico-económica como nuestra visión de la tecnología hemos abierto una puerta a un tipo cognitivo débil y de muy bajo contenido nuclear, hasta el punto de no poder ofrecer nada de lo que normalmente se denomina con ese cuestionable término, prueba.

No sabemos cómo procede la tecnología en detalle.

No sabemos hasta dónde ha llegado su proceso de uniformización o aplanamiento en este momento.

No sabemos si el eterno conflicto de los capitales, y las técnicas únicas que los sostienen y los hacen productivos, continúa sin ninguna perturbación externa.

No sabemos si los mecanismos de desrealización que

podemos ver aquí y allá forman un conjunto orgánico que podría considerarse una guía de proyecto para la tecnología, aunque sea espontánea y no centralizada.

No sabemos si las técnicas de algunas estructuras de producción contienen respuestas de resistencia especialmente fuertes.

No sabemos si el ataque a la economía es completo, ya que el violento espectáculo de la competencia capitalista se ha reducido a nada más que a disputas previas a la muerte.

Y, por último, no sabemos reconocer el proceso del que hablamos. Sólo podemos usar nuestra intuición, apoyada por un poco de evidencia indirecta.

Ahora, después de todas estas declaraciones de ignorancia, diremos lo que sí tenemos, las convicciones que nos llevaron a abrir esta puerta en nada.

Como no estamos para chácharas, esta revista en su conjunto no sólo contiene ideas y palabras, sino también propuestas de lucha. La tarea de los revolucionarios siempre ha sido trazar los límites de lo existente para decidir dónde y cuándo es mejor golpear. A menudo se trataba de una lucha en el borde de la nada, es decir, en los márgenes de las realizaciones del enemigo, todavía incompletas y en curso de realización, por lo que sólo se podían adivinar. Una victoria de la nada, es decir, de encontrarse frente al vacío en el momento del ataque,

no sólo habría significado el fin de la actividad revolucionaria, sino también de la propia palabra, por lo que habríamos sido silenciados de una vez por todas. Esta victoria no se produjo, hemos continuado la lucha, analizando los contornos e identificando poco a poco nuevos objetivos a atacar. Nuestro acto de valentía interrogaba el horizonte en el límite de la realidad, identificando su posible evolución para golpearla. A menudo, al hablar, afirmamos que lo que otros decían era erróneo, y nuestros análisis resultaron equivocados, lo que condujo a ciertos resultados negativos en la lucha. Si no el de todos los revolucionarios, al menos en lo que respecta a nuestro propio compromiso personal. Pero esto pertenece a las condiciones de absoluta libertad en que se encuentran nuestros análisis, pasados y presentes. El ámbito de nuestras ideas fue a veces erróneo, a veces certero, y como nadie puede encarnar lo absoluto, nos enfrentamos de nuevo a esta eventualidad. Podemos equivocarnos, pero no daremos marcha atrás. El vértigo de la libertad es precisamente aquí, donde conseguimos abrir esa puerta sobre la nada, o casi. Pero, pensándolo bien, ese riesgo existe en cualquier decisión de analizar la realidad, o lo que queda de ella, y decidir actuar golpeando al enemigo. La sombra del error es inherente a ese riesgo, pero eso no borra la voluntad de seguir adelante.

Una cosa que sí sabemos es que la informática en su conjunto, es decir, cualquier aplicación de la lógica binaria para la solución de los distintos problemas técni-

cos, no tiene nada que ver con la tecnología. La primera ha cambiado ciertamente el mundo de forma radical, pero no tiene herramientas para frenar la acción desrealizadora de la segunda, siendo simplemente un medio para construir prótesis que puedan acelerar, generalizar (dentro de ciertos límites) e idiotizar la vida humana en el planeta. Vista desde la óptica dominante -desgraciadamente no son muchos los anarquistas que se libran de ella- la informática parecería capaz de asegurar un futuro para los seres humanos sin el castigo bíblico del trabajo. Nada más equivocado. La tecnología podría sustituir la lógica básica de esta técnica por otra diferente, como la lógica polivalente que está en la raíz del pensamiento humano. Y podría hacerlo si consiguiera establecer una conexión directa entre el cerebro y el ordenador, es decir, obviando, por tanto, la digitalización. Esto no es pura fantasía; ya se han realizado conexiones invasivas (aplicaciones de chips), pero en un futuro no muy lejano podrían encontrarse otras menos invasivas. Unas gafas, por ejemplo, o unos medios ópticos mucho menos visibles y muy diferentes a los prototipos que se vieron en circulación durante un corto periodo de tiempo y que luego se retiraron rápidamente del mercado por contrastar con los demás elementos técnicos necesarios para su uso. Evidentemente, esta conexión visual no se limitaría a la relación con la máquina (el ordenador), ya que mientras tanto ésta podría evolucionar hacia el exterior, sugiriendo visiones globales de la realidad mucho más apropiadas para el proceso de

desrealización que persigue la tecnología. Dicha visión mostraría que algo existe, precisamente cuando ese mismo algo lleva ya mucho tiempo muerto o desestructurado en algo completamente diferente. Todo ello no por el placer de vender unos cuantos coches más, que podría ser el objetivo de la técnica única, estúpida servidora del capital único, sino para uniformar a los individuos produciendo una modularidad de opiniones que no se contrapongan entre sí, obteniendo lo que alguna vez denominamos "paz social". Y esto es una primera cosa de la que estamos convencidos.

Una segunda convicción proviene de una extraña observación hecha casi por casualidad. Habiendo sido un estudioso de la economía hace muchos años y desde entonces negándome a considerar cualquier cháchara que los economistas, eméritos de la mentira que son, ponen en circulación, podría haberla pasado por alto fácilmente. Aquí está. Desde hace quince años, todos los premios Nobel de economía han ido a parar a licenciados en economía y psicología. Antes se otorgaban a licenciados en economía y matemáticas. Pensemos juntos en este simple hecho. Hubo un tiempo en que las empresas necesitaban algoritmos destinados a estudiar los sistemas de equilibrio en condiciones de perturbación del mercado. Necesitaban estadísticas, hija degenerada de las matemáticas, para entender la evolución del mundo empresarial y del correspondiente mercado mundial de producción y consumo. Es decir, necesitaban tratar

de ver hacia el futuro próximo, no más de tres años son suficientes para que el capital mundial cuide mejor sus inversiones, al igual que el tres por ciento basta para remunerarse por lo mejor. Ahora miran el presente. Después de haber pulverizado el mercado, haciendo fluida la producción y extendiéndola como un líquido por casi todo el mundo, han dirigido su atención hacia el individuo único (miles de millones de individuos únicos) que, como sabemos, la psicología estudia para hacerse una idea de sus preocupaciones, sus miedos, sus esperanzas y sus ilusiones. El maridaje entre estos estafadores, porque eso es lo que son los estudiosos de la psicología del comportamiento y los economistas, cuadra con la cháchara de la que hablábamos antes. Y esta es una segunda cosa de la que estamos convencidos.

Una tercera convicción procede de una visión global del mundo caótico del capital y de las técnicas que lo animan. De hecho, no podemos hablar de este ámbito en profundidad, extrañamente, porque no se trata del universo tecnológico cuyas reglas nos son casi completamente desconocidas. Podríamos decir mucho sobre la lucha a cuchillo entre los distintos capitales, pero sería lo habitual que los estudios económicos nos ponen en las narices todos los días, si no en los periódicos, al menos en las revistas o publicaciones especializadas. Lo que se mueve por debajo, en cambio, está inmerso en una niebla no precisamente ligera. Los proyectos individuales, las inversiones, las diversas cotizaciones y sus

tendencias, las continuas fluctuaciones de las divisas, los movimientos de la deuda nacional, la colocación de stock de trabajo en el extranjero para la producción, la explotación extrema hasta la muerte en los países donde estas atrocidades son todavía posibles, todo ello constituye una especie de mezcla amorfa donde el análisis con sus vivisecciones para sacar lo decible, lo pensable, no tiene acceso. Somos conscientes de este continuo que tenemos ante nosotros, pero es imposible describirlo analíticamente. Es remoto no sólo para nosotros sino para todos, incluidos los analistas especializados e incluso los propios capitales que se encuentran metidos hasta el cuello en él. Y esta es una tercera cosa de la que estamos convencidos.

Una cuarta convicción proviene de la relación entre la tecnología y las técnicas. En un momento dado, la economía y las técnicas que la animan, entran en contacto con la tecnología en el proceso de desrealización. Aquí habría que dar indicadores de discontinuidad, que no poseemos. No los poseemos cuantitativamente como estamos acostumbrados en cualquier otra medición relativa a las ciencias sociales en general. No sabemos qué parte de un coche no es esencial para su locomoción real y es meramente simbólica, pero podemos adivinarla. Sólo que no sabemos qué hacer con esta intuición a la hora de imaginar el proceso de inglobación que desarrolla la tecnología. Los objetos y fenómenos que podemos conocer seguirán desapareciendo de una zona

hipotética, más cercana al "borde" tecnológico, sin poder, y nosotros con ellos, proporcionarnos ninguna localización precisa. Sabemos por la psicología que un proceso continuo envía indicaciones a nuestras células nerviosas sobre su posición y movimiento previsto, pero esta vez no es así. En primer lugar, porque nosotros mismos no estamos dentro de este movimiento. Físicamente, o al menos sensiblemente, estamos fuera, siendo observadores parcialmente ciegos. De ello se desprende que la imagen procedente de la tecnología no se interpreta como un objeto fijo identificable, aunque sea complejo y esté articulado de tal manera que no pueda percibirse directamente. Queda algo parecido a lo que los filósofos medievales llamaban quididad. Los contornos no son identificables, por lo que nunca sabremos el momento exacto en el que nos desrealizamos definitivamente. Esto explica en parte las perplejidades que impregnan las elaboraciones de este primer número de nuestra revista. En cualquier caso, la evaluación de determinados fenómenos –por ejemplo, la diferencia entre los vestidos de los diseñadores de moda que se ven en las revistas y la ropa que la gente lleva en realidad–, nos proporciona indicios que, aunque insuficientes, no son meras agrupaciones aleatorias, sino que identifican rasgos específicos, formando un campo de estimulación que nos empuja a llegar a determinadas conclusiones en lugar de otras. Y esta es una cuarta cosa de la que estamos convencidos.

Una última convicción proviene de la propia falta de material en nuestro poder. Tenemos otro tipo de certeza, no inferior, sólo diferente, una certeza gnoseológica que capta el fenómeno en su conjunto pero es incapaz de aportar detalles. Este fenómeno recuerda a los procesos clásicos de epifanía. A falta de algo mejor, hay que adaptarse. No estoy diciendo que la tecnología y su acción no puedan explicarse, pues de lo contrario habríamos perdido el tiempo. Digo que algunas cadenas de inferencia permiten presumir ciertas pautas de comportamiento. Y esta certeza nos anima, en caso contrario nos quedaría muy poco. Por eso nos vemos empujados a seguir retomando el proceso de interrogación de entidades en las que creíamos vivir tranquilamente, sin preocupaciones, sin angustias, y levantar velos que nadie había imaginado que ocultaban algo. La complejidad cognitiva radica en el proceso de desrealización, la tecnología simplemente lo es, no es urdir una cosa para obtener otra. Eso es todo. Y esto es una quinta cosa de la que estamos convencidos.